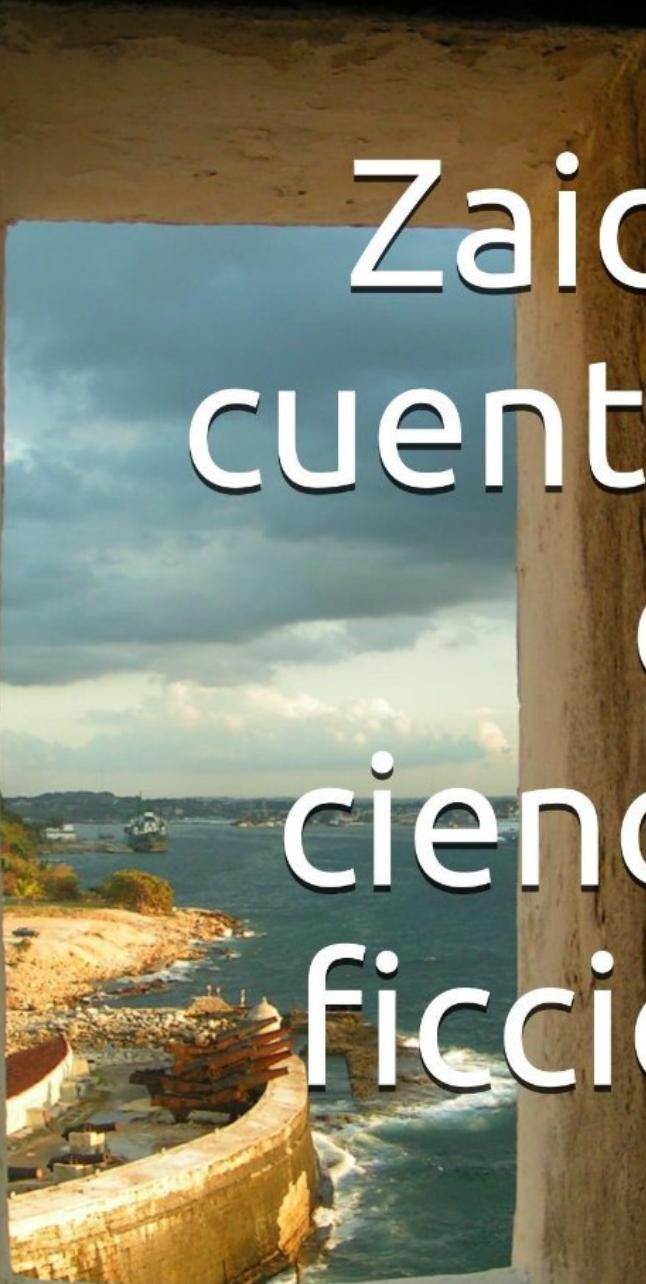


Alejandro Madruga

Zaida, cuentos de ciencia ficción



ZAIDA

Cuentos de ciencia ficción

Alejandro Madruga

Texto © 2013 Alejandro Madruga González

Todos los derechos reservados

Índice

1. Cazadores de imágenes
2. La primera ley de la robótica
3. Sociedad de consumo
4. Contagio
5. Reconstruyendo una vida
6. Bahía dormida
7. Casa muerta
8. Mundo virtual
9. Los sueños de un paria
10. Zaida
11. La mejor adquisición
12. La chica de enfrente la real
13. El infierno

Cazadores de imágenes

Avanza sigiloso por las calles, oteando cada esquina: a veces desciende un poco para observar algo, nada importante, y se eleva nuevamente en busca de mayor visibilidad: las calles están desiertas. Comienza a girar sobre sí mismo. Al fin divisa a un hombre tendido en el piso, desciende hasta pegarse a su cara: es un borracho, nada interesante. Sube, se remonta por encima de los edificios sin rostro, las ventanas cerradas; ni un solo sonido. A lo lejos divisa otra esfera. Se trasmitten mutuamente: es un canal rival, se corta todo contacto y cada cual continúa su camino en busca de alguna noticia sensacional que conmocione a todos y que reporte grandes ganancias.

—Envié otro guión para FamaVideo y no me lo aceptaron, ¿qué tengo que hacer para que me lo acepten?

La madre no lo escuchaba, su mirada recorría la pantalla de la computadora revisando las ofertas del servicio de restaurantes a domicilio. Contemplaba el decorado de los platos: "Éste parece sabroso". Presionó el teclado, y se recostó hacia atrás satisfecha, ahora sólo tenía que esperar unos minutos hasta que llegase el pedido al área de recepción, donde el manipulador de alimentos se ocuparía de preparar la mesa, por supuesto que al estilo del restaurante escogido, lo cual requería de cierta ambientación y de un pago adicional, era como comer fuera sin salir de casa. Lo cual le encantaba.

—Mami, no me escuchas.

Ella observó a su hijo: "cómo ha crecido, ya casi es un hombre. ¿Qué edad tiene ya? Deja ver...". Consultó a la memoria de la computadora: "¡Dieciséis años! Yo no sé por qué no engorda. Le preguntaré a Sofía si su hijo también está tan delgado, hay que hacer algo para que engorde...".

—No vale la pena hablar contigo, tú no escuchas, nunca escuchas.

El joven encendió la pared-pantalla y se conectó con la transmisión en directo del programa "La ciudad al desnudo". En la pantalla aparece el tele-reportero, esa esfera tan familiar en la vida de todos, y que luego de rotar varias veces, se aleja a gran velocidad. Las oscuras calles quedan al descubierto, la cámara implacable se desplaza, está a la caza de imágenes: Allí estaba la imagen buscada, un hombre se movía entre las sombras. El joven se recostó hacia atrás y se aferró a los brazos de la butaca, era el hombre lobo. Le decían así porque utilizaba unas guantillas terminadas en forma de garras con las cuales desgarraba el cuello de sus víctimas.

—Otra vez viendo esa porquería.

El joven no se inmutó, era su padre con la misma cantaleta de siempre.

—¡Cuántas veces te voy a decir que todo eso es mentira!, que nada de eso sucede en realidad. Hace tiempo que esa información dejó de ser fidedigna. Esos malditos satélites rastrean la ciudad constantemente y como no encuentran ninguna noticia sensacional, la inventan. Sólo "Canal real", que es el oficial, trasmite con cierto realismo, y para eso funciona tan sólo dos horas al día. ¿Sabes por qué? Porque en las calles no ocurre nada, ¡Nada! Lo que estás viendo son filmaciones falsas, videos elaborados por gentes sin escrúpulos, que pretenden mantener a los tontos sentados el día entero frente a la pantalla haciéndoles creer que esas cosas suceden allá afuera. Hace años que todos los canales están falseando la realidad, a partir de aquellas primeras tomas de violaciones y asaltos en vivo trasmisidas por "Canal real", surgió una explosión de violaciones, asesinatos, robos... Y lo peor es que tienen a la población asustada.

—Tú sólo repites lo que dice tu amigo el científico.

—Yo no repito nada, y si lo repito es porque es verdad. A ver, ¿cómo tú crees que ese asesino puede estar circulando libremente por la calle sin que la policía lo capture?, y sin embargo, una esferita está detrás de él filmando todo lo que hace. ¿No es absurdo?

—Ahí está el justiciero azul —gritó el muchacho emocionado— éste es el fin del hombre lobo.

—Tonterías, sólo esto me faltaba, tener un hijo retrasado mental —y se alejó dando un resoplido en busca de su esposa.

La encontró en el cuarto, pero era como si no estuviera, tenía puesta aquella careta con los dichosos guantes, ella movía su mano enguantada como si cogiera algo, después parecía examinarlo detenidamente, y hacía como si lo colocara nuevamente, volvía a coger otro lo examinaba y pasaba suavemente la mano que descendía sobre el aire.

"Ahora era imposible hablar con ella, debe estar en alguna tienda de ropa haciendo sus compras virtuales".

Ya se iba a ir cuando escuchó un gemido, vio a su esposa alzar sus manos enguantadas, su cuerpo temblaba sin parar.

—¡Eh!, ¿a ti qué te pasa?

Pero ella no podía escucharlo

—¿Qué te sucede? —Volvió a gritarle.

Ella cayó sobre el suelo como empujada por alguien, y se puso bocaabajo con las manos sobre la nuca. El se precipitó sobre la computadora y la desconectó, luego se acercó a su esposa y le quitó los espejuelos, sus ojos azules se movían inquietos hacia todas las direcciones, luego la despojó de sus guantes, ella se abrazó a él temblando.

—¿Qué te sucedió?

—Unos ladrones entraron armados a la tienda y dispararon sobre el guardia y...

—También tú crees esas cosas. Te han tomado el pelo, eso que tú viste es tan sólo un programa alterado, es parecido a los virus informáticos, eso es, son como una especie de virus que le han introducido a los sistemas de realidad virtual, y no son más que delincuentes virtuales o criminales informáticos.

—Ah, esos son los criminales informáticos.

—Sí, pero en realidad no son más que programas elaborados por algún experto con fines comerciales, detrás de eso está la creación de nuevos mercados, por ejemplo ya están a la venta los policías informáticos, que no son más que vigilantes que se ocupan de evitar que esos delincuentes virtuales penetren en el sistema. Por cierto que debes reportarlo no vaya a ser que estén instalados en tu computadora.

—¿Tú crees?

—Seguro, te aconsejo que llames cuanto antes, si no quieres pasar otro susto.

El muchacho estaba aburrido y se puso a mirar algunos de sus videos, transformaciones hechas, cuando niño, a través del software AutoVIDEO. Allí estaba convertido en Tarzán saltando de una rama a otra, aunque era su rostro actual, entonces tenía diez años, no era ni por asomo su cuerpo. En aquella época él utilizó un programa convertidor que tomaba su biotipo actual y lo convertía en un adulto, por

supuesto que su físico era demasiado enclenque por lo que recurrió a otro programa, Sansón. el cual después de analizar su estructura ósea y sus músculos, lo sometía a un intenso sistema de ejercicios, hasta transformarlo en un joven atlético; el próximo paso era sustituir al héroe de la película por su propia imagen computarizada.

Desde entonces fue Tarzán, Superman, Batman... Pero todo aquello pertenecía a su infancia, eran fantasías de niño. Ahora quería algo más real. Contempló su imagen en la pantalla y se admiró de esa corpulencia que nunca llegó a alcanzar por más ejercicios que hizo. Aunque es justo reconocer que jamás llevó a cabo un plan sistemático de ejercicios, siempre careció de voluntad para dedicarse a algo en serio.

—Mira Patricio, las cámaras están filmando nuestro barrio, ven para que veas las calles en vivo. Mira, está lloviendo.

—¿Lloviendo? A lo mejor sale el asesino de la lluvia. Siempre que llueve torrencialmente aparece —dijo el joven mientras se ponía de pie y salía deprisa para la sala.

—Bueno no es un aguacero, lo que se dice un aguacero... Está apretando la lluvia, escucha los truenos. Ahora sí, tremendo aguacero.

El padre también corrió hacia donde estaban ellos.

—Al fin cometieron un desliz, el observatorio anunció que hoy no llovería. Son unos farsantes.

Una figura con un impermeable oscuro se movía por las calles.

—Ahí está —gritó el joven.

—Ese es... el asesino de la lluvia —dijo la madre sumamente impresionada.

—No sean idiotas todo eso es mentira, no puede estar lloviendo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó la mujer.

—Vengan conmigo les voy a demostrar que todo eso es mentira. Vamos a ver la ventana del fondo, la que da a la calle.

Ambos salieron detrás de él, el joven lanzó una última mirada a la pantalla: el asesino estaba detenido, hundió ambas manos en el impermeable y comenzó a silbar aquella tonadilla.

El padre apretó un botón y apareció una ventana de forma ovalada. No pudo evitar dar un salto hacia atrás: sobre el cristal golpeaban gruesas gotas de lluvia.

—No puede ser.

El joven corrió hacia la sala, la madre detrás. Ella lanzó un grito de horror. El asesino estaba caminando por el frente de la casa.

—Esa lluvia es mentira —gritó el padre furioso.

—Entonces, por qué no abres la puerta y sales a la calle y te cercioras —le dijo el hijo en tono desafiante—. Mira ahí está, si sales podrás verlo. ¡Vamos sal! ¡Él está allá afuera!

El agua caía a chorros sobre su sombrero, calado hasta las cejas. Sus enormes ojos inexpresivos se abrieron desmesuradamente y un brillo esquizofrénico iluminó su rostro y sus labios se plegaron en una larga sonrisa, aquella enigmática sonrisa que le helaba el alma a los televidentes: ya tenía un plan, sacó su

mano del bolsillo, un objeto metálico resplandecía en su mano izquierda. Comenzó a caminar de manera resuelta. La puerta de la casa le quedaba a sólo pocos pasos.

—Viene para acá -gritó la madre, y se abrazó al hijo.

—Esto es una broma de mal gusto, voy a llamar a la policía.

El teléfono no funcionaba.

—Míralo ahí, viene a matarnos —gimió la mujer sin soltarse del hijo.

—Pero... Ya, esto es el colmo. ¿Qué pretenden?, asustarnos. Mañana me voy a quejar a la policía. Mañana van a ver.

Afueras, alguien tocaba a la puerta.

La primera ley de la robótica

Mijail Petrovich, estaba acorralado por tres hombres que le disparaban desde ángulos diferentes. Mijail parapetado detrás de una gran columna defendía su vida; a su lado expuesto a las balas, ajeno a todo, se encontraba Marcel.

—Maldición, yo tengo la culpa —se decía.

Mijail Petrovich, había llegado ayer a New York para participar en una conferencia sobre robótica; como siempre, viajó acompañado de su robot. Al llegar a esta ciudad le entregaron un revólver y le advirtieron que no saliera solo, y mucho menos de noche.

Había hecho caso omiso de las instrucciones, se sentía seguro en compañía de Marcel. ¿Quién se iba a atrever con él? Y sin embargo estaba allí, acorralado en aquel parqueo, por esos tres bandoleros.

Una bala rebotó sobre la coraza de hierro de Marcel. Fue entonces cuando Mijail, decidió pedirle ayuda a su robot.

—Marcel estoy en peligro, esos hombres me van a matar si tú no me ayudas. ¡Detenlos!

El robot no responde; permanece inmóvil, en silencio.

Uno de los hombres comienza a avanzar disparando, Petrovich le abre fuego. El hombre se lanza al suelo, da tres volteretas y se oculta tras un camión.

—Marcel, si tú no me ayudas esos hombres me matarán, ¡entiendes, me matarán!. Tienes que defenderme.

Por fin, sonó la voz grave de Marcel.

—No puedo hacerles daño a los humanos, no puedo.

Mijail Petrovich lo sabía, el robot estaba programado bajo las tres leyes de la robótica, y la primera ley era: no dañar al ser humano, pero su vida ahora dependía de Marcel.

—Marcel, escúchame, esos hombres son tres criminales, que están fuera de la ley; probablemente estén condenados a muerte por la sociedad, si los detienes le vas a hacer un favor a la humanidad. No entiendes ¡son delincuentes!, son seres sin escrúpulos... y mi vida depende de ti... ¡Atácalos!.

—No puedo, no puedo.

Una bala pasó silbando cerca del oído de Petrovich, se llevó la mano izquierda a la sien.

—Por poco... un poco más y no hago el cuento.

Petrovich comenzó a disparar, pero tuvo que ocultarse rápidamente, las balas rechinaban contra la columna.

—Marcel, tienes que hacerlo. ¡Te lo ordeno!... te lo suplico.

Uno de los hombres se movía detrás de los autos.

Marcel comenzó a avanzar lentamente hacia él. El delincuente se quedó tranquilo, esperando que se le acercara. Marcel lo cogió por una mano.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!, que haces bruto, me estás haciendo daño.

El robot soltó inmediatamente.

—¡Oh, no! Es mentira Marcel, te está engañando.

El hombre yacía en el piso, retorciéndose del dolor

— ¡Ay mi brazo! Me lo partiste, me lo partiste.

Mijail disparó, fue a disparar de nuevo pero... ¡no tenía balas!.

—Marcel, Marceel estoy perdido, sólo tú puedes salvarme. no puedes permitir que esos criminales me asesinen; tienes que detenerlos. Por favor Marcel... no hay otra solución.

Los otros dos hombres comienzan a avanzar disparando.

Marcel abandonó al que estaba sobre el suelo y avanzó hacia otro de los delincuentes.

—No te me acerques, soy alérgico al metal, me puedes producir la muerte.

Marcel se detuvo en seco con los brazos extendidos.

Mientras tanto el que se quejaba, dejó de retorcerse y comenzó a disparar desde el suelo. El tercero avanzaba a toda prisa hacia Petrovich.

—Soy alérgico, me voy a desmayar, no aguento más —y diciendo esto se desplomó.

—¡ Marcell, ¡Aquí! ¡Ayúdame!

Ahí estaba el tercero de los delincuentes, apuntándole con la pistola.

Pero ya Marcel estaba junto a él, y de un tirón le arrancó el arma de la mano.

—Pero si sólo estábamos jugando con él, en nuestro país se acostumbra a recibir a los extranjeros de esta forma.

— Dame la pistola Marcel —gritaba Petrovich—, rápido dame la pistola antes que...

El otro, el del "brazo partido", estaba ya frente a Mijail apuntándole.

—Claro Marcel era sólo un juego, nosotros estamos muy contentos de tenerlos con nosotros —dijo, el otro, sin dejar de apuntarle.

Al grupo también se había unido el "alérgico", pistola en mano apuntando a Petrovich.

Mijail se ocultó detrás de su robot.

—Marcel me van a matar, dame la pistola.

—No tienes ningún peligro, las balas son de mentiritas, a quien se le ocurre pensar que nosotros vamos a hacerle daño a un ser humano. Nosotros también cumplimos con la primera ley de la robótica, ¿Verdad muchachos?

Tanto el "alérgico", como el del "brazo partido", se habían ido acercando cada uno por un lateral y ahora lo tenían a tiro.

—Marcel, me van a matar; no te das cuenta. ¡Me van a mataar!

—No digas eso, estas balas no hacen daño, lo que hacen es producir la risa, y para demostrártelo.

Se escucharon uno, dos, tres disparos.

Se retorcía en el suelo, se convulsionaba; extendió su brazo.

—¡Marcel! Ayúdame...

—¡Mira! Qué manera de divertirse. Ahora me toca a mí dispararle, —dijo el otro mientras le apuntaba con su "brazo partido".

Nuevamente se escucharon uno, dos, tres disparos y el cuerpo quedó inmóvil.

Los tres bandidos se acercaron al cuerpo ensangrentado de Mijail Petrovich y comenzaron a desvalijarlo: le quitaron el reloj, la sortija, la cartera y todo cuanto llevaba encima de valor.

El "desarmado" se acercó a Marcel.

—Sabes que esa pistola me pertenece a mí, además está prohibido que los robot porten armas. Así que entrégamela.

Marcel extendió su brazo de hierro y abrió su mano.

—Eso es. Eres un buen chico Marcel.

Los tres bandidos se alejaron riendo. Marcel permaneció allí inmóvil, rígido con la mano aún extendida.

Sociedad de consumo

Frente al espejo, totalmente desnuda, se perfuma desde los pies hasta la cabeza, sobre todo el aliento. El tocador está atiborrado de pomos de perfume, cremas aromáticas, tubos de pastas y jabones.

Contempla satisfecha su rostro, su peinado; su pelo plateado, sus ojos color malva. Instintivamente se frota los hombros, siente frío, toma el control de temperatura y lo gradúa.

"¿Que habrá hoy de comida?". Se acerca al teclado de la computadora presiona una tecla; revisa el menú y selecciona los platos apretando las teclas correspondientes; aparece un mensaje, DÍGAME SU CLAVE:

Teclea el numero 3056 y enseguida le llega la respuesta, DENTRO DE 10 MINUTOS LE LLEVAREMOS SU PEDIDO.

Oprime otra tecla y aparecen una serie de anuncios.

SI QUIERE SER MÁS BELLA USE MONCRIS, MONCRIS SUAVIZA LA PIEL, MONCRIS LE IMPREGNA A SU PIEL UN AROMA AGRADABLE, ERÓTICO, ESTIMULANTE...

"Eso, eso es lo que yo necesito".

LLAME AL 33 34 44 Y SOLICÍTELO ENSEGUIDA.

Marca el número.

—Oiga yo...

—Sí, como no, lo sabemos, usted desea el producto MONCRIS, todo el que tiene buen gusto lo adquiere. Dígame su clave.

—3056.

—Bien dentro de 15 minutos le enviaremos el pedido. Gracias y hasta pronto. Ah, si le interesa, tenemos otro producto que aún no ha salido al mercado. Usted será la primera en adquirirlo. Todas sus amigas se morirán de envidia; es un perfume especial, exclusivo, posee efectos sugestivos sobre los que la rodean...

—Sí, sí, envíemelo también.

—Perfecto, usted es una persona que sabe lo que necesita en cada momento. Bien 3056, en breve recibirá ambos productos. Los gastos por supuesto van a su cuenta bancaria. Hasta la próxima.

Suena el teléfono, aprieta un botón.

—Sí.

Aparece en la pantalla el rostro de un joven.

—Arnie, lo siento mucho pero no puedo ir a buscarte, tengo un problema que...

—Ahórrate las excusas Arklie, no quieres ir conmigo, pues no vayas; te olvidas que allí estará Argly, y por supuesto tampoco faltará Arnoy. En fin tú te lo pierdes, adiós.

"Siempre ha sido un ser acusoso, no se como pude aceptarlo".

Se escucha un sonido musical que se repite de forma monótona.

"Ya llegó la comida".

Toma el control en sus manos.

LA COMIDA HA SIDO DEPOSITADA EN LA ESTERA DE RECEPCION DE PRODUCTOS, SON 30 DOLARES, EL IMPORTE IRA A SU CUENTA BANCARIA. HASTA PRONTO.

Se acomoda en su silla y comienza a desplazarse lentamente por el pasillo, a su paso las puertas van abriendose automáticamente. Se detiene junto a una mesa, mientras dos carritos automáticos se mueven alrededor de ella, alargando sus brazos mecánicos van sirviendo la mesa, concluida su función se marchan a través de una puerta que se confunde con la pared.

Después de comer, entra en un saloncito perfumado. Se abren unas puertas corredizas de donde van saliendo vestidos que permanecen unos segundos fuera y luego vuelven a su posición inicial, al fin se decide y toma uno; luego se alza del piso una sección giratoria donde aparecen diferentes pares de zapatos.

La música sigue escuchándose por toda la habitación, la temperatura se mantiene cálida, agradable. Pisa una losa y como por encanto todas las paredes se transforman en espejos.

De repente la música se detiene: SON LAS 7 DE LA NOCHE, LE RECUERDO QUE LA FIESTA COMENZARÁ A LAS 9 Y QUE USTED DEBE ESTAR TEMPRANO POR SER UNA DE LAS ESTRELLAS Y ASI DESLUMBRAR A TODOS CON SU BELLEZA Y SU FRAGANCIA. TODO EL MUNDO LA ENVIDIARÁ, SERÁ LA REINA DE LA FIESTA. La voz deja de escucharse y continúa la música.

Ella respira satisfecha, pasa a otro cuarto mucho más pequeño y comienza a descender, se detiene. Las puertas se abren y se desliza a través de un estrecho pasillo, hasta llegar a un recinto muy amplio donde está guardado el auto, una vez dentro, enciende el aire acondicionado, aprieta otro botón y un suave perfume comienza a circular, conecta el radio. Lentamente va retrocediendo, una puerta se corre y el auto sale al exterior, al espacio abierto de la noche, atrás queda una casa semicircular, sin puertas, ni ventanas; adornada con espejos y cristales de colores.

Ella va dentro de su auto, donde existe una temperatura agradable, donde se respira un aire perfumado. "Quien sabe que temperatura habrá allá afuera. ¿Habrá frío?". Tiembla de solo pensarlo. ¿Qué sería de ella con su vestido escotado?... ¿O tal vez haya calor? Sería terrible... ¡sudaría! Pero por suerte ella está ahí, en su auto, protegida del frío, del calor, de la lluvia, y de los olores desagradables de esas ciudades malolientes donde se aglomera la chusma.

Mientras maneja observa sus manos bien cuidadas, su piel rosada. "Que desatino el mío, se me olvidó darme la radiación térmica, para tostarme un poco más".

Avanza a toda velocidad por la amplia carretera convencida de su triunfo, sonríe pensando en la cara de Arklie cuando la vea, tiene que encontrar una buena pareja; piensa en Astory, baila bien, es apuesto. "Voy a llamar a Astory". Aprieta un botón y se enciende una luz roja. "¿Qué...? ¿No hay carga?".

—No, no puede ser, si el carga automáticamente. ¿Qué pasa?, ¿qué pa...sa?, ¿q...qué pa...sa? — grita con voz ahogada.

El auto sigue avanzando lentamente, como por inercia.

—No puede ser, no, no...

Afuera la noche oscura, implacable. La música se va apagando, se va apagando.

—¡Ay de mí! ¿Por qué tiene que pasarme esto?

Finalmente el vehículo se detiene. Afuera todo es oscuridad, todo es silencio. La carretera está desierta.

—¡Muévete!, ¡muévete!, muéveteee... por favor muévete.

Siente como una gota de sudor le corre por la frente, saca su pañuelo perfumado y se pasa la mano temblorosa por toda la cara.

El aire, el aire tampoco funciona. Mira hacia todas partes asustada.

—Si pasara algún auto —comienza a apretar el claxon desesperadamente. Está sola en medio de la noche. ¡Sola! Se lleva ambas manos a la boca.

—Que oscuro está todo.

Comienza a sentir como el sudor le corre por la cara, se pasa el pañuelo por la frente, se siente sudada. Se mira en el espejo y percibe a través de las penumbra un rostro demacrado, vuelve a presionar el claxon pero esta vez no se escucha nada; sólo el imperturbable silencio de la noche lo llena todo.

—¿Si viniera alguien? -Mira a todos lados, sólo la inmensa carretera desierta.

—Si pudiera salir —La idea de salir al exterior, la horroriza aún más

—Pueden haber salteadores, esa gentuza es capaz de violarme o... de asesinarme.

El calor comienza a hacerse insopportable, siente como el vestido se le pega a la piel. Un sentimiento de horror comienza a invadirla.

—Ya la fiesta tuvo que haber empezado, a lo mejor al ver que no he llegado me vienen a buscar.

Comienza a alisarse los cabellos con los dedos.

—Pero, y si no vienen?... ¡Y si no vienen! ¿Qué será de mi entonces?... Vendrán, yo sé que vendrán.

Una fina lluvia comienza a caer sobre el auto, mientras sombras deformes deambulan por la carretera. Ella suda copiosamente, instintivamente sin quererlo se mira al espejo, allí está su rostro desfigurado por la penumbra, como una visión del más allá. Comienza a morderse la uñas desesperadamente, ya no percibe aquel delicado perfume, el aire comienza a viciarse. Afuera las nubes se aglutan ennegreciendo aún más el tétrico paisaje. Sólo los relámpagos se atreven a romper el oscuro silencio de la noche.

Y ella está ahí sola, a merced de ese espacio negro; amenazador. Siente unos deseos inmensos de gritar; ya no puede aguantar más, y llora. Las pestañas comienzan a desprendérsele. Lanza un gemido.

—Ayúdenme...

Las manos le tiemblan, su corazón late apresuradamente, la respiración se le dificulta.

—Me estoy orinando, tengo que aguantar, no puedo salir, no puedo...

Un relámpago ilumina la noche, liberando las más horribles visiones.

—¡Oh!... ¡no!, ¡no! Siente como un líquido le corre por los muslos y ese olor, ese desagradable olor, se lleva el pañuelo a la nariz, mira el reloj, las tres de la madrugada. Desesperada la emprende a golpes con el timón. Por un momento piensa abrir la puerta y echar a correr, pero el miedo la paraliza; se siente presa de algo horrible, afuera llueve. Se derrumba sobre el asiento, luego rueda hasta apoyar ambas rodillas sobre el piso del auto; así queda, indefensa, con las manos crispadas sobre el cabello, emitiendo constantes sollozos.

Amanece, pero ella permanece allí, de rodillas, recostado su cuerpo sobre el asiento. En su mano derecha tiene un mechón de cabello. Un olor a excremento flota en el ambiente.

Un carro patrullero se detiene. El vigilante se acerca y abre la puerta.

—¿Qué le pasa?

—¡Váyase!, no se acerque —dice ella sin volverse.

Hizo ademán de tocarla pero siente el fétido olor que brota del auto.

—Está bien, me voy.

Se aleja, se introduce en el carro patrullero y resopla. Luego respira profundamente y aspira el aire perfumado. Toma el teléfono.

—Aquí 007 llamando a la comisaría.

—Aquí la comisaría.

—Acabo de encontrar una mujer encerrada en su auto y no quiere salir, debe estar loca, está desaliñada y apesta.

—Lo de siempre, un carro descompuesto. Llama al centro asistencial para neuróticos y que ellos vengan a recogerla. Ese no es problema nuestro.

Contagio

He llevado tanto tiempo encerrado, jugando con las computadoras, hablando ante un auditorio vacío, compuesto por imágenes tridimensionales; simulando viajes a través de los holovideos; acostándome con bellas seximujeres, todas iguales, con esa misma cara, siempre tan perfecta, y esos ojos inexpresivos ya sean verdes, azules o violetas. Siempre lo mismo, lo mismo; día tras día. Pero hoy, hoy he sentido deseos de salir... salir... ¿Salir afuera? Temblé de tan sólo pensarlo. Salir afuera... Salir... No podría. ¿Por qué no?... ¿Salir allá afuera?... Enfrentarme a esos seres enfermos. A esos envidiosos. La última vez que salí me contagieron con un nuevo tic nervioso. Observé el vaivén de mi mano. La humanidad está enferma. No hay porqué salir. Aquí dentro estoy seguro, no me falta nada. ¿Por qué arriesgarme? Hace años que no salgo a la calle, encerrado

en esta casa automatizada, segura. ¿Y si saliera? Sentí miedo, y esto hace que se me acentúe más el parpadeo del ojo izquierdo, mientras las cejas se me arquean periódicamente. Pero esto no es todo, a veces se sucede una pausa y entonces comienzan los tirones de la cabeza hacia el lado derecho, mientras el hombro se alza bruscamente y golpea sobre la mandíbula empujándola, provocando que el cuello se retuerza hacia la izquierda y por si fuera poco todo esto va acompañado de una horrible torsión del labio inferior dándome un aspecto estúpido. Soy un ser nervioso, complejado. En esto me han convertido. ¡Humanidad no sabes como te odio!

Eran casi las once de la noche cuando decidí salir; a esa hora transitan pocas personas, además todo está oscuro, hace años que no veo a nadie, que no camino por la calle. A pesar de mi miedo necesitaba hacerlo, necesitaba salir, respirar el aire de la noche, ver a mis verdugos. Eso sí, evitaría toda conversación, no más tics nerviosos, con los que tengo me sobra.

Acerqué mi mano temblorosa a la puerta y la abrí lentamente, una corriente de aire recorrió todo mi cuerpo poniéndome los pelos de punta, un terror enfermizo me invadía; salir afuera, esa sola idea me producía escalofríos. Asomé la cabeza, no se veía un alma; respiraba con dificultad —también padecía de asfixia nerviosa—. Salí a la calle con pasos vacilantes, no había caminado una cuadra cuando tropecé con un latón, que viré y por poco caigo sobre él. Sobresaltado miré hacia todas partes, por suerte no había nadie, me alejé apresuradamente del lugar.

Caminaba tratando de hacer el menor ruido posible: sentí deseos de estornudar, espantado me llevé ambas manos a la boca, de nada sirvió, aunque estornudé varias veces, logré ahogar el sonido, tapándome la boca y la nariz. Eso era lo que me faltaba: un resfriado. Con horror vi a alguien que venía a mi encuentro, crucé para la otra acera tratando de evitar cualquier contacto. Me sentía cansado, hacía tanto tiempo que no caminaba, decidí sentarme en un parque; estaba totalmente desierto, eran las once y media. No se veía una sola persona, el parque era para mí sólo. Fue entonces cuando escuché una voz a mis espaldas, no me atreví a volverme, por un momento pensé ponerme de pie y echar a correr. El hombre dio la vuelta y se puso frente a mí, lo miré aterrizado, me cortaba el paso, ya no podía escapar, no podía evitar su terrible conversación, ¡el peligroso contagio! El hombre se sentó a mi lado. De un momento a otro comenzaría a hablarme.

Lo mejor que hago es pararme y largarme para mi casa —pensé.

Fue entonces cuando escuché una voz temblorosa.

—Por favor no se vaya necesito hablar con alguien, soy tan desgraciado.

Lo miré entre sorprendido y asustado, sin dudas me contaría alguno de sus traumas; yo tengo bastante con los míos.

—Sabe, yo soy un hombre complejo —mientras hablaba movía la cabeza de un lado para otro igual que yo, también le temblaba la mano izquierda igualito que a mí. Pero no pestañeaba como yo, ni tartamudeaba, ni su respiración era entrecortada como la mía, ni movía el hombro, etc., etc., sin dudas yo lo superaba ampliamente.

—Es horrible no puedo hablar mucho tiempo con alguien que tenga un tic nervioso porque se me pega, soy tan nervioso -me decía él.

Hablaban sin mirarme con la vista fija en el suelo, yo lo escuchaba atentamente, comenzaba a interesarme, nada podía temer de él ya sus traumas yo los tenía, en cambio él de mí... una idea malévola comenzó a surgir en mi cerebro.

—Necesito tanto que me den aliento. Dígame algo.

Yo estaba sentado recostado hacia atrás y las sombras cubrían mi rostro, me incliné hacia adelante para que la luz me diera y pudiera ver mi cara.

—Si usss-ted susu-supiera, yo... ta-tam-tammbien te-tengo mi... tra-tra-trauma —y mientras hablaba le guiñaba el ojo intermitentemente.

Vi su rostro palidecer, los papeles se habían invertido, ahora era él quien deseaba echar a correr. ¡Estaba en mi poder!

—Mi vi-vi-da es te-te...tete-te... —Vi en su rostro la más horrible de las desesperaciones. Estaba pálido, yo acentuaba más mis defectos, es mas le di rienda suelta a todos mis tics; mi hombro saltaba, mi cabeza se balanceaba, mis cejas se alzaban rítmicamente al compás del pestaño. Todo en mi cuerpo era movimiento, intentó pararse pero tomándolo del brazo lo volví a sentar. El pobre, abría los ojos desmesuradamente tratando de no pestañear, estaba rígido, aterrorizado.

—Terrible, sssa-be lo que es... que-que-querer ha-blár y... no... no po-po-po-der, no usss-ted no se-se lo i-i-i-ima-gina, que-querer de-decir algo y... No po-po-der, las pa-pa-labras no... me-me salen —Mi respiración era entrecortada, mi voz, sonaba, era desesperada.

—Y lo pe-peor, a-ve-ces pi-pi... piiii... pi-pierdo la voz.

Contemplé mi obra, vi como sus ojos comenzaban a pestañear insistenteamente. Sonreí satisfecho. ¡Lo había contagiado! Ahora el toque final.

—Dí-dí-game que usss-ted cre-e de mí, a-con-séjeme.

—Bu-buuu... yo... me-me-me... pa-pa...

¡Mi obra! ¡Mi obra maestra! ¡Le había contagiado todos mis complejos! Le di la mano y me despedí de él.

—Bueno a-migo he tenido mucho gusto. ¿Po-po-dría darme su nombre?

—Sí, yo me lla-lia... llaaaaa...

—Tuve que hacer un gran esfuerzo para no soltarle la carcajada en su cara.

¡Estaba listo! ¡Liquidado! ¡Mi venganza se había consumado! Me levanté y dejé al infeliz tratando inútilmente de decir su nombre.

—Adiós amigo -le dije sin tartamudear.

Él abrió la boca pestañeó ridículamente y al final vencido se despidió con la mano, mientras el hombro derecho se le movía inquietamente.

Mientras regresaba a mi casa se me ocurrió una idea: ¡vengarme de todos! Sin dudas yo tenía todos los tics nerviosos habidos y por haber, que podía temer yo, el ser más complejado del mundo. Pero ellos también son vulnerables. ¡Humanidad: ahora es mi turno! Los contagiaré, los voy a ir traumatizando uno a uno. No tendré paz con nadie: mujeres, niños, todos sufrirán mi venganza. Ya que no puede ser un ser normal, tampoco ellos lo serán.

Así comenzó mi venganza, me pasaba la vida persiguiendo infelices: hombres tímidos, mujeres inseguras... todos, a todos los fui contagiando.

Hoy hace un día nublado, todo indica que va a llover. Camino por las calles desiertas de este día gris; como siempre buscando a alguien, con una sola idea: ¡contagiarlo! Fue entonces cuando lo vi. Él estaba allí sentado en el muro. Observé su rostro demacrado: ¡una víctima! —pensé—. Me senté a su lado, el pobre, no sabe lo que le espera.

—¿Le pa-pasa al-go a-a-migo? —el hombre me cogió del brazo desesperado.

—Gracias, gracias que usted ha venido, es horrible lo que me sucede.

Me dispuse tranquilamente a esperar que me contara su problemita, que podía decirme este infeliz que no tuviera yo, y después que se prepare.

—¿Que le su-susu-cede?

—Usted no sabe lo terrible de mi situación, este maldito trauma.

¿Qué trauma? —pensé yo— si ni siquiera pestañeaba.

—Hace años que lo tengo —continuó él— usted no sabe lo que es querer irse y no poder, sentir que sus miembros no le obedecen, que no le pertenecen. ¡Que está muerto! ¡Muerto en vida!

Por primera vez lo observé detenidamente, no vi en él nada que pudiera preocuparme. Sin embargo, el corazón comenzó a latirme apresuradamente.

—Ahora mismo aquí donde usted me ve, no puedo ponerme de pie, llevo cinco horas aquí sentado; me siento entumecido, adolorido y pronto comenzará a llover. ¡Es terrible! Ayer fui a comer a un restaurante y cuando terminé no podía levantarme, pasaban las horas, hasta que me echaron, llegué a mi casa a rastras. Otras veces he tenido que pedir auxilio, porque no puedo caminar. Transcurrido un tiempo, se me quita y puedo marcharme, pero me dura horas. Por más que intento ponerme de pie no puedo, no soy dueño de mis movimientos. Yo quiero levantarme, pero no me levanto, tengo que esperar o dar gritos como un loco. Esto es horrible.

De pronto como impulsado por un resorte el hombre se puso de pie.

—Al fin, al fin. Gracias amigo, usted me ha ayudado.

El hombre me dio su mano agradecido y se alejó.

Sólo esto me faltaba en vez de contagiarlo, lo había ayudado, ¿y su trauma?... es la primera vez que lo oigo... bueno en fin... parece que va a llover así que debo marcharme, bueno... para qué apurarme, aquí estoy cómodo; además yo no tengo prisa, cuando empiece a llover me levanto y me voy. Caramba, ya empezó a llover, debo levantarme, pero... total esta lloviendo finito, yo no tengo apuro. Está apretando; sí, lo mejor que hago es ponerme de pie; sí, claro voy a ponerme de pie. ¡Voy a levantarme!... ¡Oh, no!... ¡No puede ser!... ¡Quiero levantarme!

Caía un aguacero torrencial, estaba completamente mojado, intenté gritar pero la voz no me salía. ¡Estaba solo, abandonado, a merced de mis nervios!

Reconstruyendo una vida

Todos tenemos un pasado, pero cuán real es ese pasado, cuán vivido o sentido fue. Podemos engañarnos y recordar solo la interpretación de vivencias filtradas por una memoria sentimental. Las vivencias se van borrando de la mente, los recuerdos se transforman, se mezclan con los sueños, con los deseos y se

confunden con la imaginación. ¿No puede la mente construir vivencias por analogías, sobre la base de otras vivencias similares, extrapolar paisajes, personajes y acciones, y reconstruir nuevos recuerdos?

¿Podemos afirmar que los recuerdos tengan menos validez que un sueño alimentado durante años? Ese sueño puede ocupar el lugar de los recuerdos y llenar una vida de vivencias (fantasías en las que se cree y se aceptan como reales). ¿Quién diría que nuestro pasado es falso? ¿Las "versiones" de los que nos conocieron? Ellos sólo pueden recordar fragmentos de nuestra vida anterior: aquellas que dan risa o dan pena, y casi siempre aquellas en las que ellos son los protagonistas principales; por que en fin de cuentas son sus recuerdos, las vivencias de ellos.

Podríamos, entonces, llenar nuestra vida de sueños al igual que podemos llenarla de recuerdos. Y aunque nuestro presente este vacío, podríamos refugiarnos en el pasado. ¿Pero que es el pasado? No son recuerdos guardados en forma de imágenes, que serían falsas (sueños) si no fuera porque los lugares existen, no exactamente iguales; nuevas construcciones, ampliaciones, personas que no conocemos. Quien no ha regresado a la ciudad donde nació y se sorprende al ver que los lugares a los que iba de niño ya no existen, e incluso las personas que conoció ya no están y si las encontramos son tan diferentes a las que dejamos. ¿Qué nos queda entonces? ¿Los recuerdos? Los recuerdos que nosotros mismos hemos fabricado; nuestra versión del pasado.

Y me pregunto: ¿Podrá existir alguien que evoque sus fantasías como realidades y construya su pasado en base a sus sueños?...

Sonó el teléfono; la pared-pantalla se encendió.

—Vamos, Alex; sé que estás ahí; contesta. Vamos, hombre, tienes que regresar con nosotros. Tú eres el mejor, Alex, el mejor componedor de escenas que ha tenido la computer-films. Hace años que te fuiste y no hemos podido encontrar quién te reemplace. Tú eres insustituible, Alex. Te necesitamos. ¡Qué escenas aquellas! Sólo tú podías lograrlas. Recuerdas cuando...

Se puso de pie y desconectó el aparato, la pared se apagó. Se escuchó el timbre del teléfono, luego la computadora comenzó a emitir un sonido monótono, intermitente.

—¡Malditos!, ¡Cuándo me dejarán en paz! Ya les di suficientes ganancias. Ahora déjenme tranquilo.

Él sabía lo que ellos se proponían, el porqué seguían interfiriendo su línea. Lo estaban provocando para que él los demandara, para así empezar un largo pleito; eso era precisamente lo que ellos buscaban: un largo y costoso pleito que terminara por agotar sus ahorros y, entonces, tendría que volver a trabajar para ellos.

Sin embargo, él tenía una computadora oculta que trabajaba fuera de la red. Nadie podía obtener el permiso para instalar en su casa una computadora profesional si no era a través de video-red, y a esta no le convenía enfrentarse con la computer-films, pero como él tenía sus contactos, logró obtener el último modelo de computadora y conectarla a una red personal con multimedia, realidad virtual, videos tridimensionales y almacenamiento holográfico. Ellos no podían imaginar que, a escondidas, él continuaba componiendo escenas: las escenas de su vida.

Cuando la conoció, él no trabajaba, era un paria. A pesar de su inteligencia, carecía de voluntad para estudiar alguna profesión seriamente: penoso en extremo, introvertido por naturaleza; prefería pasar inadvertido, siempre solo. La soledad era su refugio, allí construía sus propias películas, era un fanático de los autofilmes, que sólo sus amigos más allegados podían ver, y estos se sorprendían de su imaginación. Así fue como la conoció, alguien le habló de sus películas y quiso verlas; le agradaron mucho sus filmes, y a él le agradó mucho más su compañía.

Era la hija de un eminente científico, autosuficiente y sectarista; detestaba a todo aquel que no fuera científico y sobre todo si era un paria, un sin-trabajo. La primera vez que habló con él le dijo mirándolo con desdén: "así que usted se considera un hombre común. Usted ni siquiera es un hombre común; es menos que

eso; usted es un paria. Un ser que no aporta nada a la sociedad, es nada". Y desde entonces estudió, se esforzó día y noche. Tenía que triunfar, ser alguien, lograr algo en la vida...

Encendió la red y colocó el vídeo a la computadora, la pared-pantalla se encendió. Sonrió... era Natalie cuando cumplió los tres años; él la tenía cargada; su esposa picaba el cake; recordó que esa escena la había compuesto cuando dejó el trabajo; ahora venía la parte en que Paul se cae y se embarrá de merengue; al principio pensó llorar pero al ver que los demás reían, comenzó también a reír.

Recordó las horas que pasó componiendo esas escenas, no fue fácil simular las imágenes, lograr los efectos de las voces, las expresiones del rostro: darle vida a cada gesto.

Estuvo horas contemplando las películas: sus vacaciones en Suecia, Paul, después de mucho esfuerzo, aprendió a patinar sobre la nieve. Natalie, no; ella era más indecisa; en cambio le gustaba mucho hacer muñecos de nieve; en su expresión se reflejaba que nunca antes había visto la nieve.

Se sentía satisfecho de sus montajes, los efectos eran tan reales, que hasta él mismo, a veces, dudaba que no lo fueran. Sólo esa nostalgia que lo embargaba era real. Lo otro no era más que una película, que día tras día, año tras año, había estado construyendo.

Fue hasta el espejo convencido de que algo no andaba bien: "¡cómo me han salido canas!, tengo que actualizar mi imagen en la computadora". Se acordó que Billy debía enviarle los últimos videofotos: también su familia tenía que ser actualizada. El veinticuatro de este mes era el cumpleaños de Paul y pensaba montar una gran fiesta.

Pensó en ella, cuando le dijo que no; él no insistió; era natural que ella lo rechazara, aunque ya entonces era el mejor componedor de escenas de la compañía; a quién le interesaba un hombre como él. No era un científico, es cierto que ganaba mucho dinero y hacía que otros ganaran aún más, pero eso no es todo: él no daba conferencias, no había escrito ningún libro, era nadie; a quien podía importarle. Como era de esperar ella se casó con un científico famoso y tuvo dos hijos: Natalie y Paul. Desde entonces se convirtió en su sombra y su amigo Billy su sabueso, quien cada mes le enviaba los videofotos con los cuales iba reconstruyendo su vida. La razón de su existencia era esa: reconstruir su vida. Qué importaba que cada cual hubiese tomado un sendero diferente: que ella hubiera enviudado, que se hubiera casado, que se hubiera divorciado... Ese era otro destino: la vida a veces no es lo que debía ser y es necesario enmendar los errores del destino.

Los años pasaban, se sentía cada vez más viejo, más enfermo. Los chicos ya eran adultos y seguía componiendo las escenas de su vida. Su enfermedad no tenía cura, y vio el fin acercarse, y filmó la última escena: la de su muerte. Natalie, una joven de catorce años sollozaba con la cara oculta entre las manos. A su lado la esposa, sumamente pálida; detrás cabizbajo venía Paul, convertido en un hombre de diecisiete. De sus amigos sólo Billy se enjugó una lágrima; los demás con sus rostros de hielo, calculaban los millones que dejaron de ganar.

.....

Abrió el paquete y dentro venían varios videos y una carta, en la que decía:

Cuando tengas esta carta en tus manos, yo habré abandonado este mundo sin dejar rastro. Sólo estos videos, lo único importante que he realizado en mi vida. Son tuyos, tú sabrás que hacer con ellos.

Alex

Ella estuvo horas contemplando los videos, luego llamó a sus hijos.

—Miren estos videos y después hablaremos. Estaré en mi cuarto esperando.

Estaba sentada en la cama con los ojos entreabiertos, aún húmedos, con la sensación de que había muerto alguien que no debió morir así.

Sus hijos entraron.

—¿Qué significa eso? -preguntó Paul desconcertado.

Natalie con esa intuición femenina se abrazó a su madre.

—Ese hombre pudo haber sido nuestro padre.

La madre se mordió los labios y dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

De eso precisamente quería hablarles. Su padre era un científico, al que sólo le importaban sus conferencias, sus grados académicos. Nunca tuvo tiempo para nosotros. Jamás se acordó de sus cumpleaños. Se pasaba la vida viajando o encerrado en el laboratorio. Nosotros éramos un accidente en su vida. A él no le importaba si ustedes se enfermaban, para eso estaba la esposa, para correr con ustedes para el médico. La familia y todas las cosas de la vida cotidiana eran sólo de mi incumbencia. Él era un hombre superior, arrogante como mi padre. Cuando murió juré nunca más casarme. Sin embargo, al poco tiempo me casé con el que yo creía que era un hombre común, nada de ciencia. En cambio era borracho, mujeriego, y lo peor, jamás los trató como hijos. Duramos poco tiempo. Luego vino el artista, ¿recuerdan?; trató varias veces de suicidarse. Sentía tanta lástima por si mismo que no tenía tiempo para pensar en los demás. Ninguno de ellos fue un padre para ustedes, prácticamente se han criado sin él y la culpable fui yo, que no supe escogerlo.

—No digas eso, tú has sido la mejor madre del mundo —dijo Paul mientras le acariciaba el cabello.

Natalie hundió la cabeza en el pecho de su madre y dejó escapar un sollozo.

—Por eso quería pedirles algo. Ese hombre que nos envió los videos acaba de morir y...

La voz se le atragantaba, se pasó la mano por la mejilla y recogió una lágrima.

—Y estos videos significaban mucho para él, no sé por qué nunca vino a verme, tal vez pensó que lo volvería a rechazar. ¿Quién sabe...? Y ahora nos envía esto: un pasado, el pasado que nunca tuvimos. Y esto es lo que quiero pedirles: quiero que este hombre sea el abuelo de mis nietos. Sé que es una locura, pero creo que es lo único que puedo hacer por él: convertir su sueño en realidad. Él dedicó su vida a nosotros y nos dejó esto como herencia.

Cogió los videos en sus manos y los extendió hacia sus hijos.

—Ahora les toca a ustedes decidir.

—Yo siempre quise tener un padre así —dijo Nataly sin levantar la cabeza.

—Si ustedes lo quieren así... —y agregó Paul- en verdad, ese hombre me simpatiza.

—Gracias hijos, averiguaré donde lo enterraron e iré a la tumba a llevarle flores... a mi esposo.

Y alzando la vista hacia sus hijos que estaban de pie.

—¿Ustedes también irán a llevarle flores a su padre?

—Claro, mamá, iremos contigo -respondieron casi a dúo.

Bahía dormida

Contempla la bahía, amanece en el puerto. A lo lejos se escucha el pitazo de un barco. Un círculo asoma su cabeza roja por el horizonte. La luz del alba se reparte por todo el puerto y sus rayos encienden las chimeneas de los barcos, mientras un humo gris se eleva hasta el cielo. La loma le sirve de mirador y su vista puede alcanzar toda la bahía: el mar sereno, los barcos inmóviles, el silencio de la mañana; todo conspira para que un sentimiento de soledad se adueñe de su ser.

Observa desde lo alto aquel mundo desconocido, su mirada siempre descubre algo nuevo, y lo que más le sorprende, en ese día, eran aquellas casas de madera que parecían flotar sobre el mar: "¿que lugar será?, ¿en que siglo estaré?" Sus pensamientos se detienen. Recuerda porque se encuentra allí. Siente su presencia. Mira hacia todas partes nerviosamente: está ahí. Hecha a correr, guiada por una voz interior que la impulsa a evitarlo. Corre loma abajo, sobre una estrecha acera, jamás había descendido una pendiente y mucho menos corriendo; cae y rueda, se sale de la acera y se da un tremendo golpe contra uno de los extensos escalones de ladrillos, de su garganta escapa un grito de dolor... Despierta.

En la pantalla de la computadora apareció un mensaje:

—CONTACTO INCONCLUSO.

Se quitó bruscamente el cintillo de la frente. Examinó sus brazos: no tenía un sólo rasguño. Observó la pantalla.

"¿Qué significado podía tener ese sueño? ¿Quién era él? ¿Por qué siempre aquel puerto?"

Nunca supo quién le envió aquel equipo. Un día tocaron a la puerta y le dejaron una caja, en la que venía una computadora, eso fue lo que ella creyó al principio, y una nota que decía: Esto es un inmisor de mundos virtuales, conéctalo a tu computadora y luego ponte el cintillo en la frente: te espero.

Aquella nota le causó una profunda impresión. Permaneció días sin atreverse a tocar aquel objeto. Al fin, un día lo hizo, y desde entonces lo ha estado repitiendo, siempre con el mismo resultado: aquel mundo desconocido y ese hombre que la perseguía arrojándola a un final trágico: caerse por un barranco, estar ahogándose, verse en un bote a la deriva. Esta última fue la que más le impresionó; nunca antes había montado un bote; la sensación fue tal que estuvo horas vomitando. Después de cada susto, se pasaba meses sin querer saber nada del inmisor, pero un impulso enfermizo la arrastraba a ponérselo nuevamente.

Había algo en aquel mundo que la cautivaba. Pensó en el hombre, el espíritu solitario que animaba esos sueños, en el miedo que le infundía. "¿Por qué no intentar hablar con él?". En su subconsciente, sentía sus ojos tristes clavados sobre ella, tratando de escudriñar en lo más profundo de su ser: le temía. ¿Cómo resistir su mirada? ¿Era posible hablar con él, sin contagiarse con su nostalgia?

Presentía que ese hombre había vivido en aquel pueblo, en alguna de esas viejas casas despobladas, escuchando las historias de los hombres de barbas blancas, de piel quemada por el sol y de profundas arrugas en el rostro. Y por algún sentido extrasensorial, percibía sus huellas en cada calle polvorienta, en cada línea de ferrocarril, en cada bote tendido al sol; se preguntaba si existía algún lugar que él no hubiese pisado o tocado. Ese era su mundo con su olor singular: a sal, a caracoles, a aliento de peces.

Debía distraerse, no podía seguir preocupándose por aquella tontería. Decidió ir a la fiesta del club y olvidarse del maldito aparato. ¿Cuántas veces deseó desaparecerlo? Sin embargo, esa cosa seguía ahí, en su cuarto, en el mismo rincón de siempre; oculto a todas las miradas. Pero lo más extraño en ella, era el obstinado silencio que guardaba con respecto al equipo; nadie, absolutamente nadie conocía de su existencia.

—¿Qué ropa me pondré?

Estuvo horas frente al ropero sin saber qué ropa escoger: "Este no me queda bien, este otro lo usé recientemente...". Comenzó a molestarte consigo misma. "No sé qué hacer. ¿Por qué será tan desdichada?... No iré a ninguna parte". Comenzó a llorar. Sabía que aquello no era motivo, pero sentía unos deseos incontenibles de llorar, y derramó lágrimas por todos los muertos; por los que fueron y ya no son; por los que debían ser. El sueño la sorprendió llorando... Dormida.

—He venido a tu mundo a pedirte que no me huyas. Necesito hablarte. Ven a mi mundo y escúchame.

Ella despertó asustada, contempló el cuarto vacío.

"Estuve aquí, sé que era él. Me estoy volviendo loca. Fue sólo un sueño".

Miró al reloj, eran la nueve de la noche.

"¿Y si hablara con él? No me va a pasar nada. Tengo que saber de una vez qué quiere de mí".

Se colocó el cintillo en la frente y cerró los ojos, y quedó dormida.

Camina por una calle estrecha, hay casas de madera a ambos lados: parecían deshabitadas. El viento sopla frío, se sorprende, era verano. Y con mayor sorpresa aún, observa el cielo gris de aquella mañana invernal; siente frío y cruza ambas manos sobre su pecho, no lleva abrigo.

—¿Por qué me hace esto? —se pregunta en voz baja.

Pero nadie responde, sólo aquel profundo silencio, roto por el silbido nostálgico de algún barco cansado, que desea partir. Respira y siente ese olor peculiar. Presiente que está cerca. Se detiene desorientada, no sabe hacia dónde queda el mar. Se frota los brazos, no puede contener el temblor de los labios.

—¿Qué quieres de mí?

Hecha a correr por las calles desiertas.

—Maldito, maldito.

Atraviesa una línea de ferrocarril y recuerda que en una de sus inmersiones había estado allí. Ahora sabe que el mar está cerca. Siente los rayos del sol calentar su cuerpo. Mira al cielo agradecida, y ve al círculo amarillo abrirse paso entre las nubes; cierra los ojos, la luz la ciega; el aire frío deja de soplar; respira profundo, deja que sus pulmones se llenen de ese olor: frente a ella está el mar. Camina hasta un pequeño muelle. Presiente que aparecerá de un momento a otro. Al fin lo ve, estaba de espaldas, sentado en un muro, mirando hacia el mar. Se le acerca lentamente, se detiene detrás de él.

Él sin volverse:

—Este es mi puerto. Aquí viví hace más de cien años. Por estas calles corre mi sangre. Cada árbol que veas,

Recuerda que yo lo regué: de niño con el sudor de mis juegos, de adulto con el dolor de mi amor. Aquí dejé mis sueños, ahora son sólo fantasmas que traspasan las puertas de las casas deshabitadas y se sientan en un viejo sillón a esperar que llegue la luz de un nuevo día.

Su voz deja de escucharse, ve como las olas rompen contra el muro y lo salpican, también la alcanzan a ella.

Él no se inmuta, está acostumbrado a que el mar lo moje. El silencio se prolonga, se llena de valor y...

—¿Qué quieres de mí? —el temblor de su propia voz la sorprende.

—Esa bahía que tu ves, ya no existe. La civilización la destruyó: contaminó el mar, destruyó los árboles, demolió las casas... Ahora es sólo un sueño, que viene desde un pasado dormido y espera por ti para que le des vida.

—¿Por qué yo?

—¿No lo recuerdas?

Y sin decir más se lanza al mar y nada hasta un bote que parece esperarlo, coge los remos y sin volver el rostro:

—Todo esto es tuyo: te dejo mis barcos, mis calles, mi mar, mi bahía... ¿Llegarás a revivirla?

—No te entiendo.

Se aleja sobre el mar, empujado por las olas; se aleja hasta salir por la desembocadura de la bahía, hacia el mar abierto.

Ni siquiera pudo ver su rostro. Sin embargo siente su mirada sobre ella, de alguna forma cree haber visto sus ojos, como si en algún momento de su vida se hubiesen encontrado.

Ahora está sola, su vista se clava en la bahía; ve como los peces de plata saltan fuera del mar y vuelven a sumergirse, sonríe. Avanza decidida hacia el muelle. Era un muelle de madera, parece no resistir su peso, aún están frescas las pisadas, hasta hoy no se había atrevido a subirse en él; sabe que nada puede pasarle. Avanza con los brazos abiertos, como si caminase por una cuerda floja, unos animalitos pequeños con muchas patas huyen al verla; ella se asusta, titubea unos segundos, no conoce que animales son (ignora que son jaibas), no tiene por qué asustarse. Siente deseos de aprender, de conocer aquel mundo. Ve a los animalitos descender por los troncos que sostienen al muelle, le llama la atención como mueven sus muelas. Luego observa las sogas amarradas al muelle, que sujetan a los botes, cada uno de ellos con un nombre escrito en la popa —casi siempre nombres de mujer—; le gusta contemplar su balanceo sobre las olas, a ella le parece que danzan al compás de la marea. Uno de ellos le llama poderosamente la atención: un bote azul que en letras doradas tiene grabado su nombre.

Casa muerta

Se mueve inquieto dentro del cuarto; afuera comienza a llover; sabe lo que eso significa, bien que lo sabe; alza la vista y espera. Afuera la lluvia golpea sobre la vieja madera, el techo se queja lastimosamente;

espera, de un momento a otro... La lluvia arremete furiosa contra el endeble techo que comienza a dejar entrar gruesas gotas. Corre a buscar los recipientes, empieza la cacería de goteras; después a rodar la cama, no existe un lugar donde se pueda colocar y que no se moje: el agua los tiene acorralados. Toca el colchón, lo que queda de él, y se sienta en una esquina de la cama a contemplar los hilos de agua que se descuelgan y caen, muy cerca, tan cerca que le salpican los pies. Observa cómo se forman los charcos, la casa se inunda; de nada sirve rodar nuevamente la cama, ya no hay escapatoria. Su mirada cansada se detiene en las paredes rajadas; sonríe de infelicidad, podría llorar, ya hay demasiada agua esparcida, y sólo le queda sonreír.

—¡Once horas!, he dormido once horas.

Se puso de pie y salió al pasillo, las luces se fueron encendiendo a su paso, se llevó la mano a la frente.

—¿Desea algo señor? -dijo una voz dentro de la casa.

—Nada, déjame en paz.

—Disculpe -volvió a decir la voz.

Se detuvo en la cocina. Estaba limpia, reluciente. Observó el techo, allí jamás caería una gota de agua, recubierto de un material sensitivo, que contenía una red electromecánica la que estaba controlada por un sistema inteligente que era capaz de aprender, a través de una base de conocimientos que se había ido ampliando con el tiempo con la interacción hombre-casa. Era a prueba de incendios y de robos. Y si entrar en ella era casi una proeza, salir era totalmente imposible; y ni qué decir llegar hasta el dueño. La casa era su guardián. Estaba dotada de un sistema de diagnóstico que chequeaba cuando tenía fiebre y hasta si estaba de mal humor, como en este momento, en el que por nada del mundo volvería a importunarle; ahora debía guardar silencio y esperar.

Avanzó hacia el centro, hizo un gesto característico en él; la casa comprendió, inmediatamente se abrió un compartimento y surgió una comida sencilla; conocía muy bien sus costumbres. Se acercó el bocadito a los labios y su mano quedó suspendida en el aire, no podía borrar de su mente aquella pesadilla. Cómo se le podía ocurrir semejante idea, una casa que se moja; eso era ridículo -dejó escapar una risita casi inaudible, no para el fino oído de la casa que registraba cada sonido-. Mordió el bocadito. ¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué cada vez se prolongaban más sus horas de sueño? Presentía que aquel sueño era una realidad para alguien, en alguna parte del mundo, de un mundo olvidado, alguien llevaba una existencia infrahumana y lanzaba su desesperanza al aire, y él por algún hilo desconocido la recibía; recibía la realidad de otro. "¿Otro yo?" Le asustó la idea. No podía estar en los dos lugares a la vez, era absurdo: tenía que ser una pesadilla. Aquel mundo era tan real que cuando despertaba, le quedaba un desasosiego y un estado de ansiedad que le duraba horas, y lo que más lo desconcertaba eran aquellos recuerdos adicionales, que estaba seguro no haber soñado, como la impresión de permanecer durante varias horas en una cola bajo el sol para adquirir los alimentos, así como las interminables esperas para tomar un ómnibus, o las discusiones con una mujer, que debía ser su esposa, que constantemente le estaba reclamando algo, o las riñas entre aquellas gentes que parecían ser familia de ella, no podía precisarlo, así como tampoco podía comprender las razón de tanta violencia; y muy a su pesar esas sensaciones estaban ahí, habitando sus recuerdos; almacenados en su cerebro como reflejo de otra vida.

La casa muy sutilmente le hizo llegar la música de la habitación de trabajo. Eran las nueve y tenía que sentarse a escribir. Avanzó mecánicamente hacia el cuarto. Lo encontró todo dispuesto, las últimas hojas en que había estado trabajando, la computadora encendida, una taza de café recién elaborado, su pipa lista. Sonrió satisfecho. La casa siempre sabía lo que tenía que hacer.

Se sentó ante la computadora a escribir la novela, llamó al sistema GaboCAS, aún no lo dominaba muy bien, anteriormente prefería el sistema PoeCAS. Pero para la novela que estaba escribiendo le ofrecía más ventajas el primero. La trama no era fácil y se le complicaba cada vez más, comenzó a analizar los diferentes guiones que el sistema le iba ofreciendo, revisaba las variantes, le introducía cambios en el argumento, le asignaba nuevas funciones a los personajes, les creaba nuevas situaciones, así hasta obtener

un argumento final. No estuvo de acuerdo con el resultado. Revisó la forma en que otros autores habían tratado ese mismo tema a través de la biblioteca InfoCAS, luego de conectarse a la red de computadoras. Resultado: el tema no era nada original. Volvió a comenzar de nuevo, cambiando personajes, tramas. Ahora las ideas sí encajaban, pronto terminó el argumento.

Habían transcurrido más de cuatro horas, sintió hambre. Sólo tenía que hacer un gesto y la casa haría lo demás. Después de trabajar durante varias horas; nada mejor que un buen almuerzo y la casa lo sabía. Solícita preparó la mesa, los brazos mecánicos se agitaban sirviendo, colocando platos por aquí, por allá. Hoy había estado de mal humor, eso quería decir que tendría aún más apetito, y como la casa lo sabía, le preparó una suculenta mesa: dos enormes bistecs, ensalada de frutas, abundantes papas fritas, dulces finos, croquetas de jamón, helado. Se sentó a la mesa poseído de un hambre atroz.

—¿Dónde está el arroz con los frijoles?

La casa quedó en suspense, hasta él mismo se sorprendió. El jamás comía frijoles. Estaba seguro que eso tenía que ver con ese hombre, que llevaba una existencia miserable, en aquella casa sin vida. Sintió hambre, un hambre vieja, como si llevara horas, días sin comer y añoró un plato de arroz con frijoles, lo cual era absurdo. ¿Cómo podía estar tan ligado a aquel hombre? ¿Cómo era posible que sufriese como propias sus privaciones, sus desencantos? Y peor aun, su sueño se prolongaba día a día. El antes sólo dormía seis horas durante la noche, desde que comenzaron las pesadillas comenzó también a alargarse su sueño; cada día dormía un poco más. Anoche había llegado a las once horas, estaba convencido de que las pesadillas estaban relacionadas con la duración del sueño: eran las pesadillas las que se prolongaban, las que lo hacían permanecer más tiempo dormido. ¿Y si las pesadillas siguieran extendiéndose? ¿Y si llegara a dormir durante doce, trece o quince horas? Más de la mitad del día. ¡La mitad de su vida! Un leve nerviosismo comenzó a apoderarse de él. No había pensado en eso. ¿Y si el sueño siguiera aumentando, si día a día aumentara un poco más, hasta alcanzar las veinticuatro horas del día? Sintió mareo y un extraño malestar en el estómago. No podía comer, observó el jugoso bistec, contempló las papas fritas, la fuente con las frutas. Sintió una bola en el estómago, algo que le subía hasta la garganta y le producía náuseas. Unas gotas de sudor le corrieron por la frente, su temperatura descendió bruscamente. La casa preocupada retiró la mesa.

—¿Quiere que conecte el sistema de diagnóstico?

—No, el problema no está en el cuerpo.

La casa lo observaba atentamente.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—No gracias, nada.

La casa seguía observándolo, tomándole la temperatura, analizando su respiración, procesando cada gota de sudor que le brotaba.

Las horas transcurrían lentas y seguras: afuera oscuridad; dentro, la casa seguía observándole; esperando una orden, un deseo... Aunque tenía sueño no quería dormir, tenía miedo; miedo a aquella otra vida; era un temor absurdo, pero no podía librarse de la duda: ¿Y si no despertara? ¿Si se quedase para siempre en ese mundo diabólico, llevando siempre aquella vida miserable? Esa sola idea le infundía terror.

"Es absurdo -pensó- la pesadilla no puede durar todo el día, simplemente estoy agotado y estoy durmiendo más de la cuenta. No tiene sentido que me preocupe. Esta es mi verdadera vida, aquello es sólo eso, una pesadilla. Una pesadilla tan real que me asusta: puedo oler la humedad de la casa, percibir cada detalle, y lo peor es que siento que siempre he estado allí. Soy un idiota, las pesadillas son así".

El sueño lo vencía.

—Quiero otra música.

La casa comprendió y enseguida puso otra música, una música más alegre, más movida. Ella siempre sabe lo que debe hacer.

—Café, café bien fuerte.

Recibida la orden, y al momento le sirvió una taza de café. Ahora, la casa esperaba.

"Tengo que controlarme... Una pesadilla no puede vencerme". Se pasó la mano por la frente, sudaba.

La casa enfrió más el aire, también subió el audio de la música, la luz se hizo más potente.

"No quiero regresar a esa casa horrible, no quiero...". Sintió como un escalofrío le recorría el cuerpo.

La casa disminuyó el frío, también bajó el audio, y le sirvió otra taza de café.

Se sentía solo, enfermo. Pensó llamar a su amante, miró al teléfono. La casa comenzó a marcar un número.

—¡No, deja! -gritó.

La casa interrumpió la llamada.

—Discúlpeme, estimé que eso era lo que usted deseaba.

—En realidad no te equivocaste, sólo que hoy todo es diferente.

Ella guardó silencio, sabía que aquello equivalía a una confesión, y una casa nada podía decir, tan sólo esperar.

Se puso de pie y comenzó a caminar de un lado para otro, mientras repetía.

—Once horas, once horas... Por qué siempre tiene que ser la misma pesadilla, la misma...

Ella detuvo la música y guardó silencio. Después de tantos años de procesar sus gustos, de analizar su estado de ánimo, por primera vez no sabía qué hacer y nuevamente esperó.

"Estoy obsesionado con esa pesadilla que me está destruyendo los nervios, tengo que serenarme, relajarme. No puedo dejarme vencer por ese estúpido sueño. Sólo tengo que acostarme y pensar en cosas alegres; como cuando era niño y... No puedo recordar nada, tengo mucho sueño... Cuando era niño siempre quise tener... El sueño no me deja pensar, los párpados se me cierran. Quiero recordar mi infancia... Los ojos se me cierran... Mejor voy a dormir. Dormir tranquilo, relajado; en un sueño profundo sin pesadillas".

Entró al cuarto, la cama estaba arreglada, todo dispuesto a su gusto. Se dejó caer pesadamente sobre la cama. La casa comprendió y le puso una música suave a la vez que un aire tenue batía sobre su cuerpo. Pronto se durmió y la casa apagó todas las luces, y se dedicó a velar su sueño. Ahora nada podría despertarlo, la casa se ocuparía de todo: de las llamadas telefónicas, de la puerta, de mantener la temperatura constante, de ahogar cualquier sonido; nada podía perturbarle su sueño. La casa, celosamente cuidaría que así fuera.

Mientras en otra casa; una casa sin luz, las interrupciones eléctricas duraban hasta cinco horas; un hombre, cansado, estrujaba la hoja que había escrito.

"Hoy tampoco podré escribir, nunca terminaré la novela, nunca".

Todo está oscuro, inmensamente oscuro; en aquella casa depauperada, donde el no es más que un intruso que pretende ser escritor. Y es en esos instantes que la casa se le viene encima, y siente como su espíritu se raja junto a aquellas viejas paredes, que ya no soportan más el peso de aquel techo descolorido. Pero los momentos más angustiantes son cuando llueve; es entonces cuando sobre su alma caen pesadamente gruesas gotas, que le desgarran el pecho y le llenan los pulmones de agua y le dejan como herencia esa tos que no le abandona nunca, ese es su destino vivir encerrado en aquella casa, que huele a abandono, que sabe a muerte.

La cama aún permanece húmeda por el último aguacero. Un mosquito zumba cerca de su oído, se rasca la mano derecha, mientras mueve los pies sin cesar, los mosquitos no lo perdonan. Siente que aquella no es su vida: sensación cada vez más fuerte. Al principio era un sentimiento leve, pasajero; como un estado de angustia que le duraba pocos minutos y luego, era como si volviera a ser él mismo; pero últimamente esa angustia le dura horas; es un sentimiento de inadaptación, de desasosiego; como si esa vida le fuera ajena. Como si aquella casa inhabitable, en la que vive como un agregado, se obstinara en hacerle la vida imposible.

Avanza en medio de la oscuridad, tropieza con unos zapatos rotos que chillan bajo la presión del pie. Tose, lleva meses con ese catarro que no se le quita por falta de medicina. Pone su mano sobre la húmeda pared. Sus ojos comienzan a adaptarse a la oscuridad. Recuerda su hambre, se deja caer sobre una silla solitaria y maltrecha que cruje descontenta, trenza sus manos y las alza hasta el pecho, y apoya su barbilla sobre los nudillos de los dedos. Dentro de su cabeza escucha voces, esta sólo entre aquellas gentes, gentes extrañas. Esa no es su vida, por alguna razón desconocida e inhumana, esta colocado ahí. En algún momento tiene que despertar. Vuelve a toser, se sopla la nariz. Las voces recorren la casa, una de las voces lo llama por su nombre. El sólo espera: aquellas horas oscuras tienen que pasar, tiene que suceder algo que lo saque de esa pesadilla. Suplica, se inclina hacia adelante y se apoya con los codos sobre las rodillas, mientras hunde la cabeza dentro de las manos.

—¿Estás ahí? -pregunta la voz.

Se tapa con ambas manos los oídos; abre la boca y lanza un grito ahogado que nadie escucha.

—¿Estás ahí? -otra vez la voz.

Silencio, silencio. Alguien sufre el desencanto de una vida ignorada, alguien lanza un grito desesperado desde un mundo olvidado; alguien, alguien se derrumba en una casa muerta.

Mundo virtual

Afuera tal vez llueva o quizás hace un día radiante, a lo mejor un loco asesinó a alguien o hace mucho frío, un frío glacial. Sólo los fuertes salen, sólo ellos pueden recorrer la ciudad. Afuera reina la anarquía, el caos, la violencia. ¿Quién sabe cuántas cosas terribles sucedan?

Un sonido intermitente lo sacó de sus pensamientos. Encendió la computadora y lanzó un vistazo a la pantalla.

USTED AUN NO HA ENTREGADO EL GUIÓN, LE RECORDAMOS QUE A LAS DOCE EXPIRA EL LÍMITE DE ENTREGA Y CON EL, NUESTRO COMPROMISO...

"El guión. No tengo deseos de hacer nada. Sólo dormir, soñar; soñar con ella".

Se colocó sobre su cabeza el inmisor de mundos virtuales.

Caminaba por la playa, su corazón latía deprisa, sabía que la encontraría, ella estaría en algún lugar de su sueño esperándole. El caminaba sin rumbo, se detuvo a respirar el olor del mar y sintió como los pulmones se le llenaban de salitre. A lo lejos una mujer estaba parada frente al mar. Es ella, ella...

—¡No!, ¿Por qué?...

Otra vez estaba en su cuarto.

—¡Coño! -Se golpeó la cabeza con furia.

"Tengo que lograrlo, necesito sumergirme en mis sueños. ¿Podré hacerlo? Una vez dormido, ¿quién alimentará después los sueños?, ¿quién me seguirá soñando? Yo con la ayuda del generador de mundo virtuales, sólo puedo crear un sueño y sumergirme en él. Pero, ¿cómo generar las nuevas variantes que quiero soñar? ¿Por qué siempre me despierto? ¿Será que me asusto, que me impresiono tanto y por eso despierto? Si pudiera seguir soñando. Yo no quiero que sea el inmisor quien me inserte en su mundo virtual. Quiero crear mi mundo, soñarlo e incluirme en ese sueño y volver a soñarme, hasta que soñador y sueño se confundan, hasta que el soñador y el mundo virtual se sintonicen y funcionen armoniosamente".

En la pantalla continuaba la advertencia de terminar el guión.

Conectó el sistema de clasificación de películas: aparecieron varios filmes en pantalla, luego consultó el sistema evaluador, y a cada guión se le asignó un coeficiente de acuerdo a la aceptación que tuvieron. Activó el sistema inteligente para que extrajera los temas centrales y los agrupara. Nuevamente consultó el sistema evaluador y cada tema recibió, a su vez, un coeficiente de aceptación. Por último consultó la base de conocimientos sobre los resultados obtenidos, y obtuvo la propuesta del guión con las variantes de temas a adoptar.

"Ya casi tengo el argumento, ahora sólo falta el acabado, el toque creativo. Esta es la parte que únicamente los humanos pueden hacer: obtener de este ajiaco un guión aceptable".

Volvió a pensar en ella, no podía apartarla de sus pensamientos. Deseaba tanto lograr el contacto; llevaba meses tratando de hablar con ella, pero siempre despertaba; era tan grande su excitación al verla que su mente perdía el control sobre el inmisor y este lo hacía volver a la realidad. Pero en estos momentos debía olvidarse de ella, ahora sólo importaba el dichoso guión, era un compromiso ineludible, a él le pagaban por entregar semanalmente un guión, otro realizaba la composición de escenas, otro los ajustes de actuación, otro las piezas musicales, y por último el director era quien armaba todas las piezas. Y ahí estaba el problema, que todos ellos tenían que partir del dichoso guión. Por eso necesitaba apurarse, lo único que tenía que hacer era conformar el argumento con los resultados obtenidos: quitar por aquí, agregar por allá, repetir esto otro. Todo era muy sencillo.

"Si también fuese así el contacto con ella. ¿Por qué desaparece de mis sueños? ¿Por qué no se deja soñar? ¿Quién es ella? ¿De donde viene? Tal vez ella exista: ¿En este mundo? Yo sé que existe, virtualmente existe. Si no, ¿cómo siempre aparece en mis sueños? Ella vive en alguna parte de mi mente, de algún pasado remoto que evoco a través del inmisor".

Era un hombre solitario, su timidez no encajaba en una sociedad, donde cada cual proyectaba una imagen fuerte y segura; él un ser endeble, temeroso. ¿Quién podía fijarse en él?

Las horas calmosas, transcurrían ajenas al conflicto de un hombre que luchaba contra el reloj. En otra época lo hubiese terminado en pocos minutos, pero hoy no podía, su mente estaba dispersa.

"Si pudiera verla nuevamente, aunque sólo fuese un segundo. Verla de cerca, contemplar sus ojos. Si pudiera oír su voz..."

De forma automática, cogió el inmisor y se lo colocó sobre la cabeza. Tenía la mirada perdida: "soñarla, volver a soñarla".

Regresó a la playa, la misma playa de siempre; con la misma arena, el mismo cielo; aquella playa inconfundible: su mundo secreto, donde se encontraba con ella; siempre de lejos, sólo de lejos... Miró hacia todas partes con ansiedad: ella no estaba. La playa estaba desierta. Caminó primero, luego corrió por la arena. No sabía su nombre, además era inútil llamarla: ella debía estar allí, era parte de ese mundo. Se detuvo jadeante, sabía que de un momento a otro despertaría.

—¿Dónde estás? —gritó desesperado.

Cuál no sería su asombro al verla bañándose en el mar. Ella le hacía señas, lo llamaba, le pedía que penetrarse en el agua. "¿Entrar al mar?" La idea lo horrorizó. Nunca antes lo había hecho. Sin embargo en lo más recóndito de sus recuerdos existían imágenes vagas sobre el mar; ideas dormidas, tal vez surgidas de otra vida, de alguna infancia olvidada, borrada por la lluvia de información absorbida durante años; o de un mundo virtual, de algún sueño perdido en el tiempo, en el arquetipo de su especie.

Sentía miedo, ella sonriente lo llamaba, le pedía que fuera a encontrarse con ella. Sólo aquel frío imponente y aquellas olas amenazadoras se lo impedían. El corazón golpeaba decidido sobre su pecho, incitándole. El mar se replegaba, se convertía en espuma. Avanzó hacia ella. Sintió como el agua fría le subía por el cuerpo y como el aire húmedo le golpeaba el rostro. Ella estaba frente a él; surgida del mar, totalmente desnuda. Sabía que de un momento a otro podía despertarse, que todo no era mas que un sueño; pero allí estaban aquellas olas que le golpeaban, y a ratos, estaban a punto de derribarlo. La vio acercarse, con su pelo aun chorreando agua. La tomó entre sus brazos, tembló de miedo al sentir el calor de su cuerpo. La abrazó fuertemente. Sabía que en cualquier momento podía despertar: por eso la besó, nunca antes había besado a una mujer; sintió como el corazón de ella le golpeaba el pecho; respiró su aliento y la besó largamente. Sabía que podía despertar, que era un sueño; una sensación computarizada. Atrás quedaba su cuarto oscuro; atrás, aquel computador gris, con aquella pantalla negra, que con letras rojas anunciaba: SEÑOR COLLING USTED ESTA DESPEDIDO.

Los sueños de un paria

Firpo abrió el paquete con manos temblorosas, sacó el equipo y lo acarició suavemente, sonrió satisfecho: "ahora mis chicas tendrán movimientos". Le había costado su sangre, era un paria, no trabajaba, vivía de prestarse como conejillo de indias a los centros de investigación: allí lo contagiaban con algún virus y luego probaban sobre él las vacunas, otras veces daba su sangre por una buena suma. Hasta ahora le había ido bien, una semana ingresado y luego a cobrar. Siempre corría su riesgo, aún le quedan las manchas de un experimento: claro que tuvieron que indemnizarlo, además de un tratamiento gratis; pero él lo abandonó: por unas manchas no vale la pena. Ser un paria tiene sus ventajas y sus desventajas. Ahora mismo había acabado de dar la sangre, y hasta dentro de seis meses no podía volver a darla: si fuera por él, la daba todos los días. Quería comprarse los derechos de un canal. Ese era su sueño, ser el dueño de un canal. El sería el animador principal, aparecería en todos los programas y pronto sería millonario. Por el momento sólo le importaba estrenar el proyector de hologramas dinámicos. Mientras lo conectaba pensaba en Marilyn. Se pasó la mano por los labios. Cogió el teléfono y marcó el número.

Apareció en la pantalla, tenía puesta una bata de casa transparente.

—Marilyn —dijo él con voz apagada.

—¿Que deseas? -dijo ella con una sonrisita a flor de labios.

—Verte.

—¿Desnuda? Tendrás que pagarme.

—No, no hace falta —y diciendo esto apretó un botón.

—Así que estás grabando mi imagen.

—¿Qué...?

—Oh, hijo que atrasado estás, tengo un programita llamado IMANPRO, algo así como proteja su imagen, el cual te alerta cuando están "robándose la imagen". Pero... bien, entre tú y yo no hay problemas, sólo tendrás que pagarme, y se acabó...

—Sí, claro te pagaré.

Pensó que le esperaba otra semana ingresado en algún laboratorio. Pero qué iba a hacer, peor era que ella lo demandara y las leyes con los parias eran terribles.

—De algo tenemos que vivir. ¿No crees?

—Claro -dijo con resignación.

—Adios pillín.

—Adios...

Fue corriendo a probar la imagen que acababa de grabar. Movió sus dedos con torpeza sobre el teclado de la computadora. Llamó al programa Trep-3D. Le pasó la imagen de Marilyn y luego, lo más importante, le dio salida para el nuevo equipo. En el centro del cuarto apareció la figura de Marilyn, con un vestido rosado, el pelo suelto. El, dando un salto cayó sobre la cama, estaba ansioso. El cuarto se llenó de música. Ella comenzó a bailar mientras lentamente se iba quitando la ropa. El la observaba sin respirar con las manos crispadas sobre el control. Apretó nuevamente un botón, y todo comenzó de nuevo pero esta vez apareció vestida con una blusa, un pantalón apretado, y el pelo recogido, y como fondo musical un rock. Ahora sus movimientos eran violentos: primero se soltó el pelo, luego se abrió la blusa... Firpo se mordió los labios. Ya estaba completamente desnuda. Apretó el botón con mano temblorosa. Ahora estaba con un vestido negro, ceñido al cuerpo y zapatos de tacón alto, bailando música salsa. Así continuó vistiéndola y desvistiéndola durante horas, hasta desahogarse. No sabe en qué momento se durmió, apagó el aparato que continuaba encendido. Sintió hambre, cogió un pedazo de pan viejo y un trozo de queso. Encendió el televisor.

—Y a continuación las palabras del nuevo líder de la humanidad, el hombre que está llamado a ser el presidente de nuestro país.

"Otra vez ese tipo, se ha cogido el canal para él sólo".

Cambió el canal.

—Nosotros tenemos la verdad...

"Ese tipo también aquí...".

Cambió nuevamente el canal.

"Que tipo más latoso, como puede pagar tantos canales, debe ser multimillonario. El con mucho dinero, gastando millones en sus campañas políticas. Yo en su lugar realizaría programas musicales, con artistas cómicos. Pondría películas de aventuras. Estoy seguro que sería el canal más popular de la televisión...".

—Envíen sus videos y nosotros se los exhibiremos. Somos un canal amateur. Detrás de nosotros no hay transnacionales que nos impongan sus criterios, ni sus intereses. Nosotros somos un grupo independiente que trabaja para usted de forma gratuita, desinteresada. No olvide que este programa está hecho a su medida, para que usted se realice en él. Envíenos cualquier cosa: videos, composiciones computarizadas e incluso libretos, nosotros nos encargaremos de adaptarlos. Y recuerde que este su canal.

—Y ahora continuamos con la trasmisión de la novela...

Cambió de canal.

—Este es mi canal, su canal, el canal de todos, porque todos disfrutamos de él. Y hoy tenemos invitada a una cantante muy famosa, que muy gentilmente aceptó venir aquí a nuestro canal, aunque ella sabe que no pagamos de forma material, y si nos fuera a cobrar no tendríamos como pagarle. Y ya lo ven esta aquí con nosotros, ¿saben por qué? Claro que lo saben: ¡por ustedes! Disponemos del cariño de ustedes, porque nuestro canal llega a todos los hogares del país, desde el más poderoso magnate hasta el más insignificante paria...

Cambió de canal.

—Si alguno de nuestros programas le interesa, escríbanos y le enviaremos el video, ¡gratis!, con su programa favorito. Recuerde que aquí todo es gratis. Solicite lo que usted deseé y nosotros lo complaceremos.

"Mi canal, si pudiera tener mi canal. Ser el dueño. Entonces todas las chicas correrían detrás de mí para que las incluya en la programación. Y tu Marilyn, harías cuanto te pidiera... harías todo lo que yo deseé".

Recordó que tenía que pagarle la cuenta por el robo de imagen. Tenía que ofrecerse a algún instituto. Se sentó en la computadora, solicitó la planilla de ingreso y comenzó a llenarla.

YO Firpo Perez DESEO INGRESAR EN ESE CENTRO, PARA QUE SE REALICEN EN MI PERSONA LOS EXPERIMENTOS NECESARIOS DURANTE UNA SEMANA. ESTOY CONSCIENTE DE LOS RIESGOS QUE ESO IMPLICA Y EXONERO DE TODA RESPONSABILIDAD A LOS MEDICOS QUE PARTICIPEN EN EL EXPERIMENTO. SE QUE ESTE SACRIFICIO REDUNDARA EN BENEFICIO DE LA HUMANIDAD.

OBSERVACION: soy un paria.

Zaida

Siempre acostumbro venir aquí, a evocar su recuerdo, a contemplar nuestro mar; donde ella descansa. En este lugar la encontré y aquí mismo, desde este promontorio, la arrojé al mar. Sí, la arrojé al mar. Yo no quería. No sé cómo pude volver para cargarla... Cerré los ojos para no verla y traté de imaginármela como era, tan hermosa. La dejé caer en la parte más profunda, tal como ella lo deseaba. Desde entonces no he dejado de pensar en ella.

Todo fue tan breve, como una ilusión; si no fuera por los cuadros pensaría que lo soñé. Pero quedan los cuadros; donde aparece ella, tan viva, tan real. Antes de conocerla carecía de voluntad para pintar; abandonaba todas las obras siempre a medias. Necesitaba de alguien que me alentara, que le diera sentido a mi vida, y esa inspiración me la dio ella: Zaida.

Caminaba cerca de los arrecifes, entre los afilados dientes de perro, como cada tarde, hasta que el sol comenzaba a precipitarse sobre las aguas. Buscaba, entonces, mi lugar preferido, dos prominentes rocas que soportaban de lado a lado una gruesa tabla; ahí me sentaba yo, y me sigo sentando aún, a contemplar los colores del crepúsculo, a soñar; dejaba volar mi fantasía, fantasía de un hombre solitario, de un artista fracasado.

La fantasía más común en mi, la que siempre trate de reflejar en mis cuadros, era el mito de Venus emergiendo del mar. La veía caminar sobre las olas con sus cabellos sueltos, ondulando sobre el aire: la diosa venida del mar, con los caracoles aún enredados en su pelo negro, cubierto su cuerpo de arena. Así quería pintarla yo; pero entre el pensamiento y la acción, existe un pasadizo oscuro, rodeado de abismos y es tan fácil caer desde la altura de los sueños y extraviarse por el sendero de la locura.

Por aquel entonces me encontraba abatido. Había perdido toda esperanza. Ya no esperaba nada del mundo, sólo esa honda nostalgia, esa larga soledad ante el inmenso mar: nada despertaría mi desencantado espíritu. Así pensaba yo. No podía imaginarme que cuando la tarde expirara y la oscuridad comenzara a adueñarse de mi alma, aparecería aquella luz, que vendría a cambiar mi vida. Y esta parte, la más fantástica e increíble, es la que me dispongo a contarles.

Mi vista estaba fija en el mar, casualmente en el punto, donde una tenue luz comenzó a surgir de las aguas, iluminando la incipiente noche: un objeto brillante emergía del mar. Tenía la forma de una concha gigantesca, al menos eso me pareció. El mar se había calmado y dejaba que aquella cosa flotara suavemente sobre sus aguas. Observé, cómo comenzaba a abrirse dejando ver una ranura de la cual brotaba una luz amarillenta que me cegó, y me obligó a cerrar los ojos. Cuando los abrí nuevamente, vi cómo la luz se dirigía hacia la parte más alta de los arrecifes formando un puente con la concha.

Fue entonces, cuando del interior salió una mole oscura y comenzó a avanzar sobre la luz: era un animal monstruoso. Tenía dos ojos redondos y abultados, como los de un sapo, su cabeza era lisa y la piel negra. No tenía una figura definida, a veces se alargaba como una enorme serpiente , otras se encogía y aplastaba como una gran medusa. Daba la impresión de algo blando, gelatinoso.

De pronto aquella cosa se detuvo y se alzó tomando la forma de un gigantesco pulpo negro, a la vez que su diabólica figura se iba estirando caprichosamente. Se volvió hacia mí; el monstruo me había visto y me miraba fijamente con aquellos voluminosos ojos grises. Traté de escapar pero caí y perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí, ella estaba allí, con su pelo negro y lacio, sus ojos, entre azules y grises; con aquella mirada penetrante que me llegaba hasta lo más profundo del ser. Ella dejó de mirarme y sentí un ligero mareo, acompañado de una sensación de vacío. Al fin me repuse.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Vine en esa nave que tú viste.

—¿Y el monstruo?

—No es un monstruo. Es un animal inofensivo que utilizamos como rastreo, es muy sensible a los cambios, por eso lo hacemos descender primero; si no le ocurre nada, es que no hay peligro.

—¿Y la nave?

—Se ha ido.

—¿Y tú...?

—Yo me quedé, necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—No sé a dónde ir, además nadie debe verme... ayúdame.

Vi en sus ojos grises esa tristeza, esa infinita melancolía que de alguna forma me era conocida.

—Te llevaré a mi casa. ¿Quieres?

—Sí, pero quiero pedirte algo, nadie debe verme, ni siquiera conocer que estoy aquí.

Yo asentí con la cabeza, ella subió al auto, salimos a la carretera. Había un grupo de niños jugando en la calle, a través del espejo, vi como ella se ocultaba. ¡No quería que la vieran! Me preguntaba entonces ¿por qué?

Cuando llegamos a la casa, me pidió que cerrara todas las ventanas, y que no abriera la puerta sin antes avisarle para darle tiempo a esconderse. ¿A qué le temía?

Yo tenía una ventana que daba al mar, desde allí veía si había oleaje, si variaban los tonos de azul o si pasaba algún barco; ella me pedía que la cerrara, que dejara de ver ese mar, de respirar su brisa. Pero lo que yo no sabía era, que al cerrarla, estaba abriendo otras ventanas desconocidas.

Pronto me acostumbré a estar encerrado, había perdido todo deseo de salir. En ella todo era enigmático: sus ojos grises, a veces inexpresivos, otras centelleaban y se encendían con luces azules, y su voz tan suave y melodiosa que parecía venir de todas partes, que me estremecía. Zaida. Ése era su nombre, aunque, jamás tuve que utilizarlo. Cuando pensaba en llamarla, ella aparecía al momento; claro, leía mis pensamientos. Nos pasábamos las horas hablando. siempre se las ingenia para que la conversación girase en torno de mi vida. Con el tiempo no tenía nada que contarle. En cambio yo de ella; nunca supe nada.

Me acerco a ella sigilosamente; yo sé que lo sabe, siempre me está esperando. Ella se vuelve hacia mí; lo sabía, me presente. Yo le sonrío. En sus ojos grises aparece un destello azul... Me le acerco y el brillo azul desaparece; entonces, ella me mira con aquellos ojos grises, inexpresivos. Siempre es igual, siento que me ama, cuando en sus pupilas aparece esa lucecilla azul. Pero también, siento que me rechaza, cuando sus ojos se apagan y se tornan grises. Siempre he sido un hombre muy tímido, quizás no sean más que justificaciones, pero estoy seguro que es así.

Ella ha aceptado posar para mis cuadros. Es extraño, pero viéndola, me imagino el paisaje, he pintado mis cuadros mas hermosos, siempre ella y el mar. Puedo ver cómo el viento bate su pelo, cómo las olas la salpican y contemplarla caminar sobre la superficie del mar. Aunque todo permanece cerrado, mis ojos están más abiertos que nunca; viéndola, puedo ver los colores del cielo, del mar... Hasta del aire. Sólo había un problema: comencé a tener pesadillas, y en todas aparecía aquel horripilante ser que salió de la nave; no podía dormir bien y me pasaba todo el día con sueño, me dormía pintando y tenía la impresión de que pintaba dormido. Esta suposición me intrigaba enormemente y me asustaba. ¿Estaría perdiendo la noción del sueño y de la realidad?

Una mañana alguien toca a la puerta; era un primo que de vez en cuando me hacía la visita. Siento una voz interior que me dice que no lo reciba, que nadie la debe ver. Me excuso, le digo que no lo puedo atender, que estoy muy ocupado pintando: él insiste. Su voz me suplica que no lo deje entrar. Lo despidió bruscamente, su cara toma una expresión suspicaz, sospechando que oculto algo, y al fin se retira.

Se acerca agradecida; veo coquetear en sus ojos esa luz azul; yo me aproximo, y mi corazón late deprisa; fijo mis ojos en los suyos, radiantes, encendidos con fuegos azules. ¡Me amaba! Le tomo la mano y la suelto inmediatamente; contemplo sus ojos grises, su rostro excesivamente pálido; retrocedo impulsado por un nuevo temor: la impresión de haber tocado a un muerto.

No lo podía entender, pero eso fue lo que sentí en ese momento. ella era un ser de otro planeta, entonces, su cuerpo podía tener otra temperatura. Era sólo el miedo ancestral a la muerte, a lo desconocido. Ésa fue la explicación que traté darme.

—¿Por qué nunca me hablas de ti? —le pregunté sin mirarla.

—Debo decirte algo, que ya te imaginas. Soy telépata. Sé todo lo que piensas...

Me miró fijamente con sus ojos grises, y pude percibir en ellos dolor... No tristeza, sino dolor; dolor físico; Dolor que soportaba.

—Esto es un experimento. No sabíamos que ustedes eran tan emotivos, tan sentimentales. Nosotros en mi planeta, somos mentes... mentes lógicas, carentes de sentimientos. En cambio tú... He aprendido contigo a sentir cosas que nunca antes estuvieron a mi alcance. Pero somos diferentes.

—No me importa nada, sólo quiero tenerte a mi lado.

—Pero existen cosas que aún no comprendes, ni comprenderás. Yo puedo inducirte a pensar, y a imaginar cosas que no existen en tu realidad; pensamientos que al unirse con los tuyos conformarán imágenes, vivientes, sentimentales; (o lo pones en otra frase). Es imposible entrar en contacto contigo, sin sentir, sin sufrir... sin...

Calló. Cerró sus ojos, y vi una lágrima correr por sus mejillas.

—Muchas cosas no estaban previstas. Yo soy lo que tú siempre has deseado. Pero ese sentimiento me está enfermando. No estoy preparada para esto. Mi mente no soporta esta carga emocional.

Habló en un tono que no era habitual en ella. Yo creí que allí estaba la razón de su conducta: que ella podía saber todo lo que yo pensaba, que podía incluso crear alucinaciones, y que yo nunca podría saber nada de ella. ¿Era eso lo que la hacía rechazarme? ¿Porque no quería que nadie la viese? No podía aceptar que mis sentimientos la enfermaran. Ella tenía razón dos puntos había cosas que no comprendía.

Yo la amaba. La amaba con el amor acumulado durante años, años de soledad, de espera; ahora la había encontrado, la tenía a mi lado, bajo mi propio techo. Era inevitable que llegara a amarla, y la amé; me adapté a amarla como ella quería.

Cada día se veía más pálida. No era su palidez natural sino que, su piel había tomado un color cenizo, sus ojos apenas lograban aquel brillo azul de antaño, y lo peor era que no respiraba; pero tenía la impresión de que ella jamás había respirado; Si, nunca le había visto el más mínimo movimiento para aspirar el aire, sé que es imposible si aceptamos que su organismo es igual al nuestro; pero yo tenía el presentimiento de que no era así, y que sin dudas, esa era la causa de su rechazo. Y estaba en lo cierto.

Y aunque sentía que me amaba, estaba convencido que todo contacto era imposible. Desistí de mis impulsos de abrazarla por temor a hacerle daño. Me conformé con pintarla, con verle caminar suavemente

por la habitación; con dejarle acariciar todo; con verle vivir, vivir junto a mí, creando imágenes; con ver sus ojos grises, tan tristes, con esa perdida mirada azul.

La casa seguía cerrada; habitada sólo por mis cuadros, ella y yo. Yo sentía cómo su palidez lo cubría todo. Su voz se convertía en un susurro, y sus ojos, sus ojos sin luz, me miraban con una expresión cada vez más triste y desolada. ¡Se moría! ¡Yo sabía que se moría!

Esa tarde me pidió que la llevara hasta el mar, al mismo lugar donde nos encontramos. Sentí miedo, tenía el presentimiento de que la iba a perder, y me resistía a esa idea. Creo que Siempre lo supe, y cuando llegó el momento; fui egoísta, muy egoísta.

Desde entonces no he podido pintar. mi mano tiembla y se me caen los pinceles. ¿Quién sabe cuánto sufrió ella?... Si, ¡ella! Para mí siempre será ¡Zaida!, a pesar de todo. Desde entonces vivo con ciertos interrogantes: ¿cuál era su misión? ¿Hacer contacto? Hoy creo que ella se sacrificó; tal vez por nosotros, quizás por conocer nuestros sentimientos, y esto es lo que yo creo: esa criatura deseaba conocernos, deseaba... ¿por qué no? Que alguien la amara.

Salimos en el auto; igual que cuando la traje, ella se ocultaba.

—¿No me has dicho por qué nadie debe verte? —le pregunté.

—Sólo tus ojos pueden verme, ¿o es que lo has olvidado? Sólo tú puedes verme. Sólo tú.

Era ella la que hablaba, y yo sentía su voz; sí la sentía, la sentía dentro de mí, y la sentía sufrir. No sé cómo explicarlo, pero la sentía sufrir dentro de mí.

Llegamos. Ella se paró en el mismo lugar donde nos encontramos. Se volvió hacia mí; a través de sus ojos transparentes, pude ver el azul del mar. Fue una imagen fugaz; luego sin decir nada, se alejó hacia un promontorio.

—¿Qué vas a hacer? —grité.

Pero ella no respondió. Corré hasta alcanzarla y la sujeté con todas mis fuerzas. Forcejeamos y caímos al suelo unidos. La tenía por primera vez en mis brazos. Ella estaba helada, pero ya nada me importaba; estaba bajo un estado febril y solo deseaba que viviese, que viviese para mí, para mis cuadros.

—Por favor suéltame, suéltame antes de que sea demasiado tarde.

la tenía en mis brazos, y no la iba a soltar; sabía lo que intentaría.

—¡No!, ¡no te dejaré!, ¡no puedes morir!; te necesito.

—Te lo suplico, suéltame —su voz era un quejido.

—No... Nunca, nunca...

Y comencé a besarla largamente, como lo había deseado, como tantas y tantas noches lo había soñado.

—Por favor... déjame ir... no me detengas... no debes verme...voy a morir...

Su voz se escuchaba cada vez más lejos, más lejos; hasta dejar de escucharse. (su voz llegaba desde más y más lejos, hasta que dejé de escucharla) Estaba muerta. Desesperado, Hundí mi cabeza en su pecho. Fue entonces, cuando sentí mis manos resbalar sobre una superficie lisa, blanda, y que se hundían en algo viscoso que se escurría de mis dedos, incapaces de retenerlo. Separé el rostro y vi su pecho oscuro.

Alcé la vista y vi dos grandes ojos redondos, voluminosos, y dos pupilas grises, inexpresivas. Lancé un grito de horror, mientras trataba de deshacerme de aquella cosa gelatinosa. Comencé a rodar, a arrastrarme (dando tumbos) entre los arrecifes, tratando de alejarme lo más posible de aquello. Me detuve un momento, quería cerciorarme, quería estar seguro. A pesar de mi horror, logré volver el rostro y mirar aquello. ¡Si! ¡Era eso! ¡El monstruo que salió de la nave!... Cerré los ojos para no verlo y tratar de imaginármela como había sido, tan hermosa... ¡Zaida!

La mejor adquisición

Él la contemplaba en silencio, ella dormía, se le acercó lentamente y la besó en la frente; al sentirlo abrió sus ojos, parpadeó dos veces y sus pupilas negras le devolvieron el beso; su semblante a pesar de la tenue luz de la mañana se iluminó con una sonrisa amorosa.

Su esposa lo conocía demasiado bien, era un hombre poco comunicativo, al que le costaba trabajo manifestar sus sentimientos. Recuerda cuando fue su alumna, todos se quejaban de sus clases, en cambio para ella, no existía otro profesor como él. Basta cerrar los ojos y le parece tenerlo frente a ella dando clases. Lo sigue amando como entonces, cuando ella era saludable; pero, ahora... Ahora todo era distinto, estaba enferma; presentía que su enfermedad no tenía cura, aunque los médicos se lo trataban de ocultar. Por eso él cambió de trabajo: necesitaba ganar más dinero. Esas transfusiones de sangre, esas pruebas, el tratamiento; todo aquello tenía que ser demasiado costoso, y estaba convencida que el salario de un investigador teórico no daba para tanto. Sólo trabajando para una compañía como Híbridos BC, que se dedicada a desarrollar sistemas híbridos basados en conocimientos, la cual había estado a la cabeza en el desarrollo de programas para robots inteligentes, podía ganar suficiente dinero para costear su enfermedad. Pero ella sabía que no era feliz, en el fondo él añoraba aquel trabajo tranquilo, alejado de esa brutal competencia, de ese afán de ganancias que lo rodeaba y lo ahogaba. El jamás se quejaba, pero ella sentía su cansancio, su desencanto; y eso la atormentaba más que su propia enfermedad.

Lo vio salir, silencioso, detrás entró una de las enfermeras que la atendía: ese era otro de los gastos.

No le sorprendió ver el mensaje en el monitor de que el director lo estaba esperando, sabía lo irritado que estaba con él, porque llevaba varios meses trabajando en el programa y aún no lo había terminado.

—Señor Bradbury, ¿cuándo piensa usted terminarlo?

—En esta semana.

—Eso me dijo la semana pasada. Usted está demasiado preocupado, lo veo distraído. Usted no puede seguir así, tiene que pensar en su futuro. Usted...

—Le dije que esta semana lo termino.

Se puso de pie.

—Usted está loco, tiene que concentrarse en su trabajo. Ninguna mujer merece esa dedicación.

Estaba cansado de que siempre culpara a su esposa.

—Qué sabe usted de mi mujer. Simplemente no tiene derecho a juzgarla. Porque no tiene la menor idea de como es ella.

—Ella no puede ser tan especial. Todas las mujeres son iguales.

—Tiene razón todas las mujeres son iguales. Sólo que ella para mí es especial. Y con eso basta.

Y sin decir más se dirigió a la salida. La secretaria se separó de la puerta y corrió a ocupar su lugar.

Cuando se marchó, la secretaria alzó la vista de la computadora.

—Con tantas mujeres que hay y él empecinado en esa. Sí, porque eso en el fondo es capricho.

—Es verdad, hay gentes así, testarudas. ¿A ver, qué tiene ella que no tengamos nosotras? —afirmó otra de las oficinistas.

—Especial, ni especial. Lo que son es un par de ridículos.

—Sí, tan, pero tan ridículos, que se aparecen en pleno siglo veintiuno con una historia de amor a lo siglo diecinueve. Porque ni siquiera son originales.

—Y a lo mejor hasta se creen que son originales, que son auténticos y lo que son es unos farsantes.

—Son ridículos, obsoletos y plagiadores. Eso es lo que son. Me enferma, ese tipo de gente, me enferma.

Entró en su oficina, observó la computadora, tenía que sentarse a trabajar, pero se sentía bloqueado, era una mezcla de disgusto con preocupación, no soportaba la empresa. El no significaba nada para ellos, a nadie le importaba él como ser humano, sólo era un objeto que producía ganancias y esas ganancias, según ellos se estaban afectando y ese era el problema: a la compañía sólo le interesaba sacarle el máximo de provecho. Añoraba sus antiguas investigaciones. Aquella vida reposada: cuando sólo tenía que investigar y, de vez en cuando, dar clases. Era cierto que ganaba poco, en comparación con lo que gana ahora. Pero era feliz. Pensó en el libro que estaba escribiendo y que por falta de tiempo lo abandonó. Su vida ahora es estar a la caza de la última novedad, para elaborar sistemas de computación competitivos que se vendan como una mercancía más.

La enfermera se acercó al teléfono que estaba sonando.

—¿Oigo?

—¿Es la señora Bradbury?

—No, un momento.

Le acercó el teléfono a la cama.

—Dígame.

—Le habla el director de la compañía Híbridos BC. Lo que tengo que decirle es muy confidencial, su marido no se puede enterar.

No hacía falta que dijera más. Sabía lo que iba decirle.

—Su esposo está muy afectado con su enfermedad, él no puede seguir así. Usted debe ayudarlo.

—¿Y qué usted me sugiere que haga?

—Lo único que tiene que hacer es darle la libertad. El se siente culpable de su enfermedad.

—¿Sentimiento de culpa?

—El se siente obligado con usted. Yo no creo que la ame. Se lo digo yo, que conozco a las personas. Lo que él siente por usted es un sentimiento enfermizo que lo anula como individuo y le resta productividad.

—En realidad, ¿qué usted piensa de mí?

—Bueno... Si le soy franco. Usted es una mujer enferma, es lógico que se aferre a él. Él es quien la mantiene, no...

—Claro, entiendo su punto de vista. Pero usted está incapacitado para entender el mío, porque usted perdió su esencia humana: hace tiempo que usted vendió su alma y comercializó sus sentimientos.

—Seamos objetivos, usted ve el mundo a través del cristal de su enfermedad, su visión del mundo no puede ser normal, es la óptica de una persona enferma. ¿Me entiende? Y lo peor es que lo está contagiando, y sin darse cuenta, le está inculcando esa percepción errónea de la vida, anulando su espíritu de lucha. Le digo esto porque su esposo vale mucho.

—Yo sé que mi esposo vale mucho, pero no en el sentido que usted lo entiende. Pero no dejo de reconocer que tiene razón, yo soy una carga para él.

—Bueno, yo no quise decir eso...

—Lo digo yo por usted. Y despreocúpese: voy a resolverlo.

—Nosotros se lo vamos a agradecer...

Le colgó el teléfono.

"Dios: ¿por qué? El no merecía esto. No es justo".

Volvió el rostro hacia la pared y sin hacer ruido lloró.

Miraba el reloj a cada rato, el tiempo transcurría lentamente. No dejaba de pensar en ella, su salud empeoraba y temía otra recaída. Cada vez que iba a comenzar pensaba en el libro que estaba escribiendo, en sus investigaciones, en su esposa... No podía concentrarse. Al principio, cuando su esposa estuvo a punto de morir y él necesitaba dinero, trabajó sin descanso en ese maldito programa para robot que tuvo récord en ventas. Y ahora estaban esperando que hiciera otro milagro que salve a la compañía. Si porque cuando él llegó a allí, la empresa estaba a punto de quebrar.

Se sorprendió al ver al director entrar sonriente.

—No lo molesto.

"¿A qué vendrá?" —pensó.

—No quiero interrumpirlo en su trabajo. Sólo quería decirle, que usted es la mejor adquisición que ha hecho nuestra empresa, y que estamos en la obligación de velar por usted. Y quiero que sepa que sus problemas también son nuestros, y que le deseamos lo mejor.

—Sí, lo comprendo.

Hizo una reverencia con la cabeza y desapareció detrás de la puerta.

Miró al reloj, faltan cinco minutos para terminar la jornada.

"Si este piensa que me voy a quedar después de hora, está equivocado".

Él estaba al llegar, se secó las lagrimas, hizo un gran esfuerzo y se puso de pie, se sentía muy débil, se acercó al espejo, vio su rostro excesivamente pálido y comenzó a arreglarse; hoy más que nunca él tenía que verla feliz. Escuchó sus pasos, ella se sentó en la cama y alisó su bata. Lo recibió con una sonrisa, le tendió una mano y le indicó que se sentará a su lado. Se acomodó junto a ella y se miraron a los ojos.

—Quiero descansar -dijo ella sosteniendo su mano-, y tú me niegas ese derecho. ¿Por quéquieres que siga viviendo? No te das cuenta que eres egoísta, que no estás pensando en mi.

Él quería decir algo pero no podía, las palabras se atropellaban en la garganta y no le salían.

—Crees que haces lo correcto pero no es así. Me estás haciendo sufrir como no te imaginas. ¿Por qué?, si morir es lo más natural del mundo, ¿por qué ese capricho de hacerme vivir en contra de mi voluntad?

—No me pidas eso por favor.

—Recuerdas cuando fui tu alumna...

—Como lo voy a olvidar.

—Quiero pedirte que regreses al instituto, que vuelvas a dar clases. Yo estaré siempre allí, escuchándote.

—¿Por qué me pides eso? —le dijo con voz temblorosa.

—Tengo más cosas que pedirte —dijo sonriente-. Quiero que termines el libro y me lo dediques.

—Ya me lo imaginaba, lo haces por mí.

—Lo hago por los dos. Lo más importante es nuestra felicidad. No me obligues a tomar la decisión sola. Necesito tanto que me comprendas. Sólo te pido ser feliz los últimos minutos de mi vida. Vuelve al instituto, ámame más que nunca; pero ámame libre de toda atadura, de todo temor. Asumamos nuestro rol y que la muerte me llegue de forma natural.

—No sé...

—Si pudiera leerme tu libro antes de morir, claro no entendería mucho, pero me gustaría tanto. Me gusta verte escribir y ya tú no lo haces como antes. ¿Lo harás?

Bajó la cabeza, una lágrima le rodó hasta el bigote.

—Déjame librarme de este cuerpo enfermo, déjame ser la luz que penetra por la ventana mientras escribes. Quiero ser tu inspiración, vivir en cada alumna que recibe tus clases. Y si algún día llego a amar otra mujer yo seré feliz sintiéndote amar.

—Sé porqué lo haces, pero también sé que estás decidida y que nada te hará cambiar.

—Déjame a mí decidir por los dos. Tú sólo tienes que prometerme que volverás al instituto.

—Lo haré, y escribiré muchos libros y todos te los dedicaré, y volveré a dar clases; y te amaré más que nunca.

—Al fin lo dijiste.

Él tomó el teléfono, ella pensó que iba a llamar a la enfermera.

—Oigo —dijo la voz.

—Sabía que todavía estabas ahí -dijo él.

—¿Quién habla? -preguntó la voz.

—Acabas de perder a la mejor adquisición de la compañía.

—¿Bradbury?

—Acabo de renunciar.

—¡Bradbury!, ¡Bradbury! No cuelgue...

Ella le cogió las manos y las colocó sobre su pecho; luego, cerró los ojos satisfecha.

La chica de enfrente: la real

Ella caminaba a mi lado: yo sé que sabe... Y sin decir nada alzó la vista al cielo: ¡Mira cuantas estrellas hay!, o tal vez, ¡Que noche más hermosa! No hace falta que lo diga, sus ojos claros lo dicen todo. En ella se refleja el fulgor de todas las estrellas; pestañeó como si adivinase mis pensamientos, las estrellas se apagaron por un momento; sólo en sus ojos se percibía la inmensidad de aquella noche, noche especial; porque al fin sabrá lo que ya sabe, lo que tantas veces le dije en sueños. No más inmersores de mundos virtuales, basta de registrar tan sólo sensaciones; la quiero a ella, en este mundo real.

—Te quiero —le dije con voz temblorosa.

Ella volvió a contemplar las estrellas; había una que llamaba la atención porque titilaba incansablemente.

—Los sueños... Los sueños son como las estrellas: inalcanzables, misteriosos -dijo sin mirarme.

No sé, pero de pronto sentí que la noche me aplastaba, que aquella estrella radiante se reía de mí; de mi inseguridad, de mi miedo a perderla.

—Tú no me amas a mí. No, tú amas un sueño, y en ese sueño, tú conformas a una mujer que físicamente se parece a mí; pero no soy yo, es sólo la mujer de tus sueños. Ámame con toda tu alma, suéñame a tu antojo, tú que puedes soñar. Créeme yo no soy nada comparada con tus sueños. Tú vives en otra dimensión, en la de los sueños, ese es tu mundo. Yo vivo en una dimensión opuesta a la tuya: la realidad. Yo estoy prisionera en la rutina. Tú eres libre, no olvides que eres el componedor de sueños.

No me atreví a decir nada, pero yo no quería tan sólo soñarla, ni siquiera tuve el valor de mirarla a los ojos; sólo sé que un sentimiento de angustia me apretaba el pecho; me faltaba el aire y las estrellas se iban apagando una tras otra; hasta quedar la noche oscura y silenciosa... Desperté sobresaltado.

Arrojé contra el piso el inmisor de mundos. Siempre lo mismo: me debatía entre sueños y realidad, y eso me atormentaba. Me llené de valor y la llamé por teléfono. Ella apareció en la pantalla.

—¿Quéquieres ahora? Si no tienes algo importante que decirme cuelga que estoy ocupada.

Contemplé enmudecido sus grandes ojos claros. Siempre pasaba igual, la llamaba y después no me atrevía a invitarla a salir.

—No me mires con esa cara. ¿Vas a decirme algo?

—Yo... Yo... En realidad saludarte... Me dijeron que estabas enferma y...

—Pues te equivocas, porque estoy muy bien.

Y diciendo esto se puso de pie y dio una vuelta completa.

—¿Tú no crees que estoy bien?

—Sssí, sí... Claro, claro.

—Bueno, ya viste que estoy bien. ¿No era eso, lo que querías saber?

—Sí, eso...

Y sin decir más colgó.

Agarré al inmisor, ya me lo iba a colocar sobre la cabeza, cuando recordé a Freud, era el seudónimo de un amigo mío que ejercía como psicólogo clínico. Sin dudas, él podría ayudarme. Fui a verlo inmediatamente. Y le conté mis conversaciones telefónicas con la chica de enfrente, los sueños que tenía con ella y las explicaciones que ella me daba en cada inmersión virtual.

Es un caso típico de justificación inhibitoria. Noquieres enfrentar el problema y pones en sus labios las palabras que túquieres escuchar y de esa forma evades la realidad. Tú le temes al amor. ¿Y sabes por qué ella te trata así? Porqué se cansó de esperar por ti. La mujer de hoy no soporta al hombre indeciso. Tienes que invitarla a salir, aunque sea a un parque, y declárale tu amor. Tienes que hablarle cara a cara. Decir lo que sientes, y sin darle tiempo a pensar la abrazas y la besas. Debes romper esa imagen que tiene de ti; demostrarle que eres un hombre decidido... fogoso. Créeme, eso no falla. Y otra cosa, está probado científicamente que los inmersores de mundos virtuales producen trastornos síquicos, tales como: alucinaciones, estados de angustia, temores... y en el mejor de los casos actúan como inhibidores de la acción: produciendo cansancio, estados de ensoñación... En fin, te aconsejo que no vuelvas a utilizar el inmisor, su efecto es más pernicioso que el de las drogas; acaba con la voluntad del hombre. Todo lo que tienes que hacer es actuar, vivir... Ir a la lucha... Enfrentarte a la vida y zas, se acabó. No más inmisor, recuerda no más inmisor...

—Gracias Freud, perdón doctor Silver...

Le di la mano agradecido, salí convencido de que esa era la solución: enfrentar la realidad.

En cuanto llegué a la casa cogí el teléfono, y sin mirar su imagen en la pantalla, la invité a ir a un parque abandonado que estaba a pocas cuadras de la casa. Ella no respondió, alcé la vista y vi sus ojos claros

mirarme o mejor dicho verme, era la primera vez que fijaba sus ojos en los míos. Yo estaba desconocido y de forma resuelta volví a insistir. Ella aceptó. Quedamos en encontrarnos por la noche en el parque.

Según pasaban las horas la angustia se apoderaba de mí: me movía inquieto de un lado para otro, me sentía intranquilo; lentamente iba perdiendo la confianza en mí. La inseguridad, implacablemente se iba adueñando de la situación: "¿Irá a la cita?... ¿Podré decírselo?... ¿Irá? ¿Qué le diré?...". No podía estar sentado un minuto, la ansiedad me mordía el intestino: comencé a sentirme enfermo, tenía deseos de ir al baño; eran justificaciones. Miré al inmisor y acerqué mi mano temblorosa: "¡No!... ¡No lo haré!" Alejé la mano y cerré el puño: "No me dejaré vencer. No más fantasías, quiero la realidad: la quiero a ella, a la real."

Tenía que escapar de aquel vicio de soñar mundos, estaba cansado de soñar. Quería vivir a su lado. Ella era mi salvación, la esperanza de integrarme a la realidad, de abandonar para siempre el mundo de los sueños.

El parque estaba desierto, la noche estrellada... Pero, faltaba ella. Sentía mi corazón latir de prisa. El tiempo transcurría ajeno a mi ansiedad. Al fin, apareció. Se veía molesta, sus ojos claros se movían intranquilos.

—Estoy esperando. ¿Qué vas a decirme?

—Nos sentamos en un banco —le dije con voz casi imperceptible.

Pareció escucharme, porque escogió uno y se sentó, yo me senté a su lado. Ella esperaba: miró al cielo. Las estrellas seguían ahí. Observé la luna, me pareció fría, distante. Recordé las palabras del sicólogo. Tenía que enfrentar la realidad. No lo pensé, si lo pensaba no lo decía, y simplemente le dije:

—Estoy enamorado de ti.

Me observó conmovida, se enjugó una lágrima, y alzó la vista hacia las estrellas.

—Los sueños... Los sueños son como las estrellas: inalcanzables, misteriosos. Tú no me amas a mí. No, tu amas un sueño, y en ese sueño tu conformas a una mujer que físicamente se parece a mí; pero no soy yo, es sólo la mujer de tu sueño...

Me puse de pié sobresaltado. Observé como las estrellas se apagaban y como la luna se ocultaba detrás de una nube, no soplaba una gota de aire; la noche se tornaba cada vez más oscura para mí: no había duda... soñaba.

El infierno

Avanzaba a través de una densa niebla, apenas veía más allá de un paso. Tenía la impresión de que no respiraba, caminaba pero era como si flotara. Un hombre se me acercó y con voz solemne me dijo.

—Estás a las puertas del juicio final.

Una enorme puerta apareció ante mis ojos y se fue abriendo lentamente hasta tragarse toda la niebla. Un pensamiento fugaz me pasó por la mente: estaba muerto. No sabía lo que me sucedía. Intentaba recordar, pero era inútil. Me palpé nerviosamente: podía tocarme... no era mi cuerpo lo que yo tocaba, era algo

desconocido, podía sentirlo, pero no era mi piel; yo diría que era sólo la sensación de tocarme. La idea de la muerte me llegó en todo su descomunal realismo: estaba muerto, no sabía cómo, pero estaba muerto. La muerte había dejado de ser un sueño para convertirse en una realidad. Cuantas veces soñé con la muerte, cuantas veces grité de terror al caer de un edificio, y cuantas moría de un balazo en la cabeza. Ahora que me llegó la hora, la aceptaba con resignación filosófica: había dejado de existir.

El hombre reapareció nuevamente y me indicó que lo siguiera. Entramos en un salón, no me fue muy difícil percatarme que aquello era un tribunal, comprendí que iba a ser juzgado. Un ligero sobresalto comenzó a invadirme. A una señal del individuo me senté en la primera fila.

Uno de los Ángeles, tenía dos alas enormes, comenzó a hablar.

—Va a comenzar el juicio final, se encuentran presentes el representante del reino de los cielos, el representante del reino de los infiernos y el representante del reino de la nada. Que comience el representante del cielo.

—¡Pecado mortal! ¡No creía en Dios! Jamás fue a misa, no bautizó a ninguno de sus hijos, contrajo matrimonio cuatro veces y ninguno por la Iglesia, además fue infiel. ¡El cielo le cierra sus puertas!

Sus palabras eran secas, cortantes, agudas. Sentía como si me desgarraran las entrañas.

—Va a hablar el representante de la nada —dijo nuevamente la voz.

—Al cielo está claro que no puede ir, no creía en Dios y eso lo invalida. Pero al Limbo, no veo razón para que no pueda venir con nosotros. Se graduó de sociólogo, impartía clases de filosofía, ha escrito artículos. Entendemos que es una mente fructífera. El limbo le abre sus puertas.

—¡Protesto! -dijo el representante del infierno-. El representante de la **nada** olvida algo. El está aquí porque se suicidó y siguiendo el razonamiento de mi colega, eso lo invalida para ir al Limbo. Sí, porque ese pecador, que está ahí sentado, renunció a su vida por lo que está muy claro, clarísimo, que no puede ir al Limbo, por muchos méritos que pueda tener.

¿Me suicidé? Eso es absurdo, debe haber un error.

—Porque ese hombre se suicidó, iba en su auto a más de 190 Km/h y luego se lanzó por la cuneta.

—¿Por qué no recuerdo nada? No sé de qué está hablando.

—No veo por qué tiene que ser intencional —dijo con voz pausada el representante del limbo-. Simplemente patinó.

—Simplemente patinó. ¿Patinó?... Se suicidó. Ese hombre estaba cansado de vivir. Últimamente no deseaba otra cosa y sus pensamientos así lo demuestran.

—Estaba pasando por una crisis. Otras veces le había sucedido y la rebasó. Fue sólo su mala suerte que le jugó una mala pasada, no se puede pasar por alto que había llovido y la carretera estaba mojada.

—Pero deseaba la muerte.

¡Oh, no! Cómo se atreve a juzgarme por mis pensamientos. Yo he pensado muchas cosas en mi vida que nunca he llevado a cabo. Eso es ridículo. Si me juzgan por los pensamientos creo que hasta el infierno me queda chiquito, porque podrían acusarme hasta de asesino.

—No es por sus pensamientos que se le debe juzgar -y mientras decía esto me dirigió una mirada tranquilizadora-. Si no por el acto de ir a excesiva velocidad por una carretera peligrosa, y en mi opinión no hay tal suicidio. Y no veo la dificultad para que vaya al Limbo.

—Yo lo considero culpable de intento de suicidio y no sólo por sus pensamientos. Incluso se lo confesó a un amigo, y cito sus palabras: "He perdido toda esperanza, este mundo no significa nada para mí" y posteriormente escribiría en su diario: "Deseo morir, ya nada me interesa".

—Eso sólo demuestra que estaba muy deprimido y tenía razones para estarlo. Su esposa lo abandonó meses antes...

—¿Por qué ella lo abandonó? Porque él la había estado engañando con una de sus alumnas de Filosofía.

—No lo discuto. Sólo quiero resaltar sus fracasos y demostrar que tenía razón para estar deprimido. Porque precisamente esa alumna lo dejó por otro profesor más joven que él, esto, unido al divorcio de su esposa, a que su mejor amigo escribió un libro con las ideas que él mismo le expusiera, y para colmar la copa, pierde la plaza de rector por intrigas de otro profesor. Sí, es un hombre con mala suerte. Lo que para otro era fácil a él le costaba grandes esfuerzos y muchas veces otro se llevaba el triunfo. Tenía derecho a estar cansado.

Fue entonces cuando el representante de los infiernos se puso de pie, y comenzó a moverse de un lado para otro, mientras hablaba.

—Al paso que vamos nadie irá al infierno, siempre se encuentra alguna razón para enviarlos al limbo; este porque es trabajador, el otro porque hizo carrera, aquel porque era artista. ¿Y los pecados? ¿Dónde dejan los pecados? ¡Estamos violando las normas establecidas! Ese hombre no sólo es un pecador, sino que es un suicida, alguien que no quiere vivir y a pesar de eso lo vamos a obligar a que reencarnar. Se están perdiendo los dignos principios para los cuales fuimos creados. Se están alterando las leyes sagradas. Se está rompiendo el equilibrio y estamos en peligro de crear el caos. ¡Es hora ya de tomar una determinación!

Se somete a votación —dijo la voz.

La votación fue muy cerrada. Hubo muchas abstenciones. Pero el veredicto final fue...¡El infierno!

El miedo que hasta entonces sentía se convirtió en ira, comencé a proferir ofensas, estaba cumplido. Terminé desafiándolos a todos, incluso a Dios, me volví como loco. Me tomaron por ambos brazos, yo gritaba y forcejeaba. Luego me empujaron y sentí como rodaba por un barranco; daba vueltas chocaba con otros cuerpos, que también caían. Escuchaba gritos que venían de todas partes; mientras rodaba entre empujones y gemidos tenía los ojos cerrados, quería abrirlas pero no me atrevía. Caía en silencio, resignado con mi mala suerte, tropezando con cuerpos desnudos, escuchando sus lamentos, sus gritos de auxilio. Yo estaba cansado, agotado, ya todo me daba igual. Al fin choqué con algo duro y dejé de descender.

¿Y si estuviera soñando? —pensé—. Esto debe ser una pesadilla.

Alguien me hablaba, al fin abrí los ojos.

Ante mí había un hombre que me miraba sonriente. Era la primera sonrisa que recibía desde que había muerto.

Contrariamente a todo lo imaginado, su voz era dulce, su rostro sereno, su belleza casi femenina. Tenía largos cabellos rubios y grandes ojos azules. Me recordaba más a un ángel que a un...

—¿Quién?...¿Quién eres tú? —pregunté.

—Lucifer.

—El dia-blo —dije asustado.

—No temas —dijo él.

—No, por supuesto —le respondí tratando de dominarme.

—Crees que has perdido el cielo y no es así.

—¿Cómo? —pregunté desconcertado.

—Debes alegrarte de no haber sido enviado al cielo. Ven, ven conmigo.

Como hechizado seguí tras de él. Tenía un paso majestuoso y su figura era solemne, no podía imaginarme que aquel hombre fuera el diablo. "Todo esto es muy raro" —pensé.

Nos detuvimos ante un abismo, donde parecía que se terminaba el mundo, no se veía nada, ni sol, ni nubes, nada. Sólo una infinita transparencia que lo llenaba todo, como si estuviera frente a un enorme cristal incoloro.

—Ahora vas a ver al cielo y a sus habitantes —dijo Lucifer.

El espacio vacío comenzó a cubrirse de colores y figuras.

—Es sólo una representación del cielo. —Aclaró el diablo.

Un hermoso paisaje se vislumbraba: árboles, flores, hermosos animales, aves de colores.

También en el infierno tenemos paisajes bellos —dijo Lucifer.

Apareció una joven rubia de pelo largo. Caminaba cabizbaja, con las palmas de las manos unidas a la altura del pecho y los dedos muy próximos a la barbilla, un joven pasó frente a ella pero ellos parecieron no verse. Siguieron su camino en silencio. Ambos movían los labios, como si rezaran.

—¿Qué te parece? —me dijo el diablo.

—¿Y se pasan la vida así? —pregunté.

—Su destino es rezar, se pasan su existencia agradeciendo eternamente a Cristo el hecho de haberlos elegido. Ellos creen que se han salvado. ¡Mira!

Todos comenzaron a aglutinarse y a ponerse de rodillas, ante ellos surgió la imagen de Cristo; se escuchaban cantos y oraciones, se veían caras llenas de éxtasis. Aquello recordaba algo así como un concierto de los Beatles ante una multitud de fanáticos.

Se escuchaban fervientes plegarias, mientras ponían los ojos en blanco y suspiraban. Una vez retirado Jesucristo; algunos permanecían aún inmóviles como estatuas, otros lloraban, se supone que de alegría, y no faltaba quienes besaban la tierra por donde había pisado. Después volvían a sus paseos, cabizbajos, en silencio; siempre rezando.

—¿Por qué rezan tanto? -pregunté.

—¿Y qué otra cosa pueden hacer? ¿Sabes lo que hizo ese señor con ellos?

—No. ¿Qué hizo?

— Los privó de la pasión, los convirtió en seres incapaces de sentir, sólo viven en constante beatitud. No sienten penas, pero tampoco sienten la alegría, son incapaces de emocionarse por nada, ni nadie, ¡son zombis! Ellos sólo aman a ese engreído. ¡Lo veneran como a un dios!... ¡Ese! ¡Ese es el cielo que te cerró sus puertas! Sin embargo el infierno... eso es otra cosa.

—¿Y cómo es el infierno? —pregunté interesado.

—Aquí todo es alegría y placer...

—Como sociólogo que fui, hay algo que me interesaría saber: ¿cómo surgió el cielo, el infierno y el limbo?

—Originalmente —comenzó a decir en tono solemne Lucifer— en el universo sólo existía el reino de la nada, el cual estaba poblado por Dios, quien sintiéndose aburrido empezó a crear otros dioses entre ellos Cristo y yo. Según se dice: creó el universo, la vida y todo lo que existe.

—¿Cómo, que se dice?

—Si, yo jamás he hablado con Dios, ni siquiera lo he visto.

—¿Y nadie lo ha visto? —pregunté intrigado.

—No, nadie.

—¿Y Cristo? ¿Tampoco lo ha visto?

—Nadie —respondió airado.

—¿Y dónde vive?

—No se sabe, es muy posible que viva en el Limbo.

—¿Y por qué no se deja ver?

—Se dice que no tiene forma, que es algo etéreo... en realidad sabemos muy poco. Como puedes ver, con respecto a él somos tan ignorantes como los mortales.

Se hizo un corto silencio y después Lucifer continuó.

—Cristo, decidió crear el cielo, como recompensa a los buenos, yo al principio lo apoyé. Pero con el tiempo descubrí la monstruosidad de su obra. Me di cuenta que esa no era la recompensa que los mortales necesitaban y decidí crear el verdadero paraíso; un mundo de placer y felicidad, donde no existiera la miseria y que todos fuesen libres, libres de hacer lo que le plazca; y entonces fue que creé ¡el infierno!

—Pero... ¿entonces? porque siempre nos han mostrado el Infierno como algo malo.

—Eso fue idea de Cristo, como para entrar en el cielo se pedían tantos requisitos, su reino siempre estaba vacío. Las criaturas puras y perfectas no existen. Entonces decidió el mismo predicar sus doctrinas bajo el nombre de Jesús, pero lo que hizo fue difamar sobre mi y crear iglesias para ganar devotos. El fue quien levantó todas esas calumnias contra mí y mi reino.

—¿Y el Limbo?

—Bueno, en realidad... inicialmente todos iban para el Limbo hasta que surgió la idea de crear el cielo para los "perfectos" y como Dios dio su aprobación a través de un mensajero, nos dimos a la tarea de crear el cielo. Como te dije, poco después yo desistí de esa idea y propuse la creación del infierno. Pero ahí estaba el problema; como al cielo iban los santos y al Limbo los normales y como el Limbo lo atiende Dios, no me quedo mas remedio que pedir para mi reino a los... indeseables. Pero eso no importa, aquí todos son felices, y tú también lo serás. No tendrás que trabajar más, dormirás hasta la hora que se te antoje, comerás cuanto quieras sin temor a engordar, jamás te pondrás viejo, no padecerás de ninguna enfermedad, tendrás cuantas mujeres deseas; aquí no hay imposibles. Te aseguro que serás eternamente feliz.

Sin dudas —pensé—. ¿Podría alguien desear algo mejor, ¿no era este el sueño de toda la humanidad? Esta era la verdadera gloria, no aquel paraíso lleno de beatitud. Esto si era vida, una vida plena de sensaciones, una vida intensa, llena de placer.

—Además —la voz bien timbrada de Lucifer truncó mis pensamientos— podemos simular, los lugares de tu vida anterior que más te han gustado; cabarets, restaurantes y hasta lugares que en vida nunca llegaste a visitar y otros con los cuales ni soñaste. Te repito aquí nada es imposible; aquí nada está prohibido. Eres libre; libre de hacer cuanto deseas. No existen leyes, ni inhibiciones de ningún tipo. ¡Un mundo completo de emociones y goces, te espera!

Fantástico, quién me lo iba a decir: poder hacer cuanto me plazca, dirigir mi vida a mi antojo, disfrutar de la vida a plenitud. Esta vez me di cuenta que el diablo, perdón Lucifer, iba a decir algo y detuve mis euforicos pensamientos.

—Dime tu primer deseo y será cumplido.

Pensé por algunos minutos y al fin dije.

—¡Recorrer el infierno!

El diablo me miró asombrado, como si fuese el primero en toda la historia del infierno, que pide semejante cosa.

—Eso es imposible, mi reino es enorme.

—Bueno... entonces; recorrer una parte. Tengo gran interés en saber como se vive aquí, sobre todo a los que llevan muchos años. Ver qué hacen.

Me dio la impresión que su rostro palideció, me miraba confundido. Sin dudas, no estaba preparado para semejante deseo.

—¿Por qué primero no descansas o te diviertes un poco?

Siempre tuve fama de testarudo por eso insistí.

—No, sólo deseo conocer cómo se vive en el infierno.

—¿Por qué? —Me preguntó en voz baja, mientras sus expresivos ojos me miraban inquietos.

—Tal vez porque soy sociólogo, bueno quise decir, porque fui sociólogo.

Sentía como sus pupilas, fijas, rastreaban mi alma. Heroicamente sostuve su mirada sin pestañear.

—Está bien, si ese es tu deseo —dijo gravemente.

Comenzó a enseñarme mujeres muy hermosas, alegres, con ropas muy ligeras; que al verme me sonreían y me invitaban a beber. Mi fina intuición me hacía sospechar de todo aquello: tenía la impresión que Lucifer trataba a toda costa de desviarme de mi objetivo. Habían mujeres para todos los gustos, bebidas de todos los tipos y todas las marcas de cigarros conocidas. Me acordé de Ulises cuando escuchaba el canto de las sirenas, me sentía igual, sólo que yo no estaba amarrado. Mis ojos se cruzaron con unos ojos negros, misteriosos, suplicantes. Pensándolo bien podía quedarme con ella un rato y luego seguir; pero no, ese era el canto de las sirenas, era una prueba que tenía que vencer.

Recorrimos ciudades antiguas y modernas, países hermosos, grandes cabarets y unos espectáculos jamás imaginados.

—Mira a tu alrededor, todo es felicidad. ¿No te da envidia?

Hasta este momento no tenía la certeza de lo que quería. ¡Ahora sí! Sabía lo que me proponía.

—Sí, parecen felices. Pero no es esto lo que yo quiero saber.

—¿Qué quieres saber? Aquí lo tendrás todo. ¿Qué más puedes deseiar?

—Tú lo sabes, quiero conocer a los más viejos, a los que llevan miles de años en el infierno.

—No puedo negarme a tu deseo, pero si pudiese me negaría. No tiene sentido lo que pides.

—Quiero saber cuál será mi destino.

—Esta bien... esta bien.

Pasamos delante de un grupo de hombres que estaban dándose golpes unos a otros. Uno de ellos cayó al suelo y los demás se lanzaron sobre él como perros rabiosos y le desfiguraron el rostro a patadas.

—¿Qué es esto?

—Juegan —dijo Lucifer arqueando las cejas.

—¿Juegan?

—¡Si! Juegan. Ellos son felices así, descargando su violencia.

Se hizo un corto silencio.

—Sigues insistiendo en recorrer el infierno.

—Sí.

—Cometes un grave error. Te pesará.

Por un momento dudé, sentí miedo de lo que estaba haciendo, tal vez después me arrepentiría. Pero ya era demasiado tarde. La duda estaba en mí. Tenía que continuar.

—Mira, estos son los que más años llevan aquí.

Ante mí había un hombre semidesnudo amarrado, mientras otro pegaba un hierro candente a la piel del infeliz que daba terribles alardos.

—A ese hombre lo están torturando —exclamé horrorizado.

—Estás equivocado, no es lo que estás pensando.

El diablo hizo una seña y el hombre suspendió las torturas, el que estaba amarrado dejó de gritar, alzó la cabeza miró a su verdugo y le increpó.

—¿Por qué te detienes?, sigue, sigue...

Y a otra seña de Lucifer continuó la tortura.

Estaba confundido todo aquello era tan absurdo.

—¿Quieres seguir?

—Sí —respondí mecánicamente.

Llegamos a una piscina de la cual salía un olor fétido —no fue difícil darme cuenta del contenido—, me produjo náuseas; me tapé la boca y la nariz, y me fui de allí tan pronto como pude, dejando atrás a esos locos que nadaban y se zambullían alegremente.

Había dado algunos pasos cuando sentí los gritos desesperados de una mujer, alguien la tenía encerrada en un cuarto y ella espantada golpeaba la puerta y gritaba, me lancé sobre la puerta y la abrí. Ella salió temblorosa dio unos pasos tambaleantes y cayó sin fuerzas, temblaba de miedo, de sus ojos brotaban gruesas lágrimas, en su rostro deformado se podía ver la huella del mas profundo terror. Me lanzó una mirada extrañada, trató de decir algo pero los sollozos no la dejaban, poco a poco se fue reponiendo, al fin se puso de pie y luego de lanzarme una mirada iracunda se me vino encima en actitud agresiva, mientras forcejeaba conmigo, me gritaba múltiples ofensas. Lucifer tuvo que intervenir y explicarle que yo era nuevo y otras cosas mas para poder calmarla.

Realmente no me asombró lo sucedido casi que lo esperaba. Le pregunté a Lucifer que hacía esa mujer encerrada en ese cuarto.

—Ella en su vida anterior le tenía terror a los insectos. Y ahora se hace encerrar en un cuarto en penumbras para que le vayan soltando por las hendiduras cucarachas voladoras, alacranes, arañas peludas, etc.

—Pero... ¿Por qué lo hacen?

—Ellos son felices así.

—¿Felices? ¡Son felices torturándose!

—Parece que sí.

—¿Parece?... Eso no puede ser.

—Te lo advertí. Yo no quería...

—¿Qué es lo que sucede?

—Nada, ellos gozan con eso.—Me dijo, con voz apagada

—¿Gozar con eso?... ¿Y siempre se han comportado así?

—No, al principio se divertían normalmente, pero según pasa el tiempo...

Después de un corto silencio continuó.

—Nada de esto fue premeditado, nunca imaginé que pudieran suceder estas cosas. Mi interés era sólo que fueran felices. Que gozaran de las cosas que en vida no pudieron tener. Que no existiera la muerte ni la enfermedad, ni la miseria. Pero ya ves algo falló. ¿Tu no eres sociólogo? Saca tú mismo las conclusiones. Ahora descansa, ya por hoy has visto demasiado.

Sí, lo mejor era descansar. Hubiese sido mejor no saber nada. Pero... ¿Por qué terminan degradándose? ¿Cuál era la razón de esas horribles torturas? Tenía que descubrir el motivo, tal vez no me serviría de nada, pero necesitaba saber la verdad... La verdad.

Según el diablo, al principio se divertían normalmente, pero, con el tiempo... El pretendía que tuvieran todas las comodidades. ¿Que ocurriría cuando lo hubieran alcanzado todo? ¿Cuando lo hubieran probado todo? La preocupación no existe. No hay enfermedad, ni miseria. Además son inmortales. Sólo viven para el placer.

Respiré profundo, ahora todo se empezaba a aclarar. Ellos vivían para sí mismos. El diablo había creado un paraíso para seres egoístas, donde no existía el trabajo, ni el esfuerzo por la superación personal; era una vida fácil para personas sin ideales y teniendo en cuenta que al infierno no iban los mejores exponentes de la especie humana, sino más bien los peores, no era difícil una degradación paulatina. Además era un mundo donde el porvenir no existía; sólo días de placer, a la larga días iguales, que se repetían hasta el infinito, hasta agotar toda la gama de sensaciones posibles y producir el hastío de aquella vida inútil.

Ahora el problema estaba en que yo sabía lo que me esperaba, y no quería ese destino para mí. Ese era mi problema. Me pasé toda la vida tratando de encontrar mi propio camino, pero siempre terminaba en una barra "matando penas". Así me evitaba el tomar alguna decisión ese día. Pero y al día siguiente: ¿qué? Vuelve a darle vueltas al asunto. Mujeres, fiestas... con eso sólo lograba evadirme... Mi vida ha sido una farsa, un engaño, como este infierno infeliz.

No sabía qué hora era, desde que llegué perdí la noción del tiempo. Estaba cansado: me dormí.

Habían pasado tres noches desde entonces, hasta que el diablo vino a verme.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—¿Puedes enviarre para el Limbo?

—Para el Limbo?

Una leve sonrisa apareció en el rostro de Lucifer.

—Es que hay algo que tú no sabes, el Limbo es un estado de transición. Allí descansan las almas que van a volver a reencarnar: otra vez a la vida, a sufrir como un mortal. ¡Entiendes! Volverás a sufrir enfermedades, miserias. Volverás a nacer y volverás a morir. ¿Aún así quieres ir al Limbo?

—Sí.

—Eso... eso es lo que quiero. ¡Volver a nacer!

—No recordarás nada de tu vida anterior, tendrás que aprender de nuevo, ir a la escuela, trabajar, sufrir.

—Lo sé.

—Está bien, quizá sea una sabia decisión. En realidad mi reino no es lo que yo deseaba; tanto Cristo como yo, quisimos crear un reino más perfecto que el Limbo; pero parece que fracasamos.

Lucifer cogió el tridente, símbolo del infierno, y me apuntó con él.

—¡Quedas expulsado del infierno!

Me vi envuelto por una densa niebla. Me sentía flotando en el espacio, mientras una extraña sensación se iba apoderando de mí; era como si la mente se me fuese diluyendo en un enorme océano. Todo mi ser se iba desintegrando, lentamente me iba convirtiendo en nada. ¡Volveré a nacer! Fue lo último que pude pensar antes de ser absorbido por la nada.